

La Espera

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

Año II * Núm. 57

Precio: 50 cénts.





Si la Vénus de Milo
tuviese brazos, se lavaría con Jabón
HENO de PRAVIA

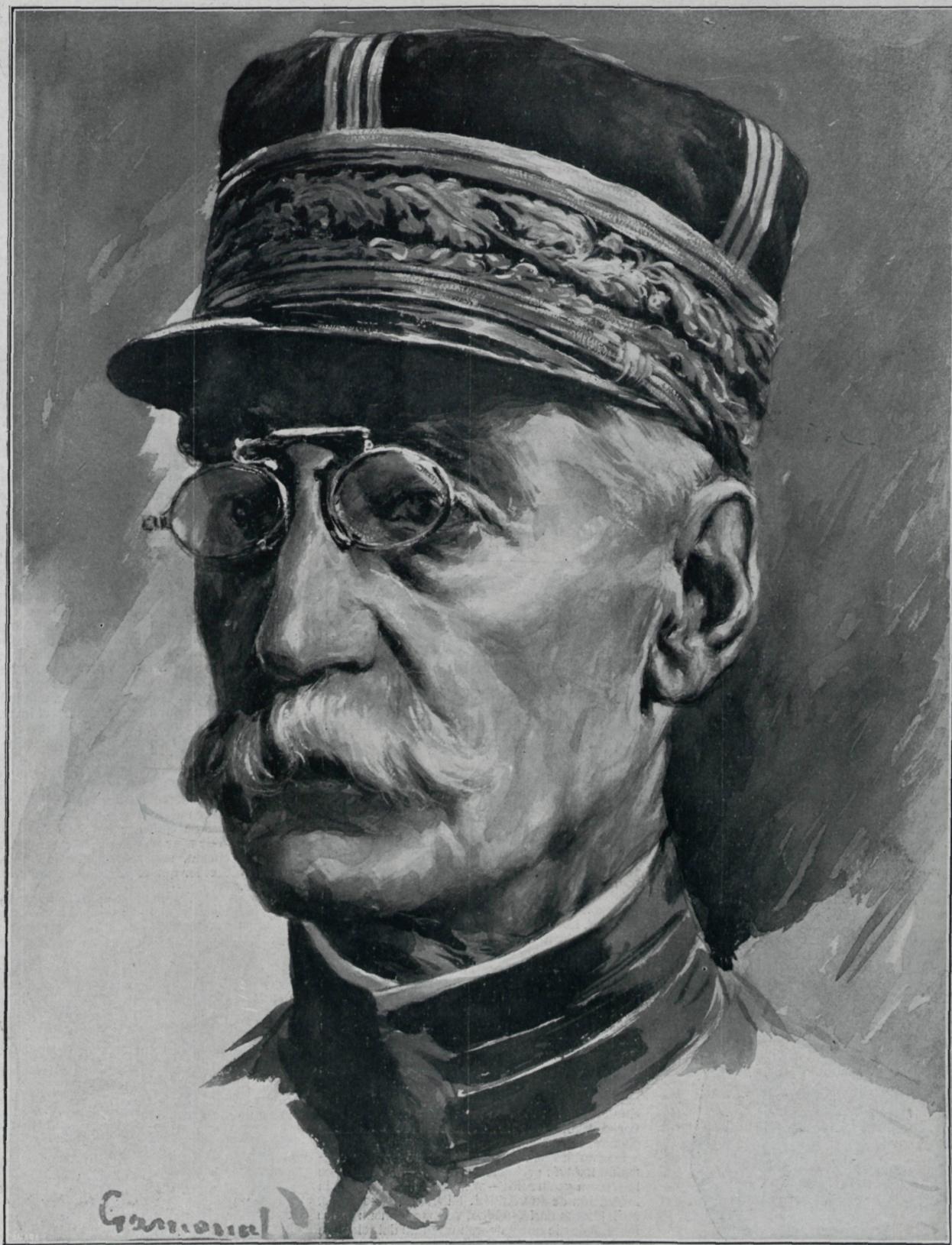
Ehrmann

La Esfera

Año II.—Núm. 57

30 de Enero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



GENERAL GALIENI

Gobernador militar de París, una de las figuras más prestigiosas del Ejército francés

DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA
LOS NUEVOS BLASONES



La acuñación de nuevos títulos nobiliarios, despierta en la aristocracia histórica, un sentimiento mixto de enojo y de desdén, que la corrección obliga á disimular, pero, que no por estar reprimido es menos hondo. A quien luce un título de reciente adjudicación se le llama advenedizo. No se estima, sino aquella ejecutoria que ostenta, con el polvo de los siglos, la sanción del tiempo. La nobleza que data de la época de Isabel II acá, es, tácitamente menospreciada. Ignoro quien haya dicho que la vanidad es lo primero que nace y lo último que muere en el hombre. Por su punzante acidez ese pensamiento puede ser lo mismo una queja del Kempis ó un desahogo de aquel gran misántropo que se llamó el vizconde de La Rochefoucauld.

Solamente la vanidad humana puede dar pábulo á ciertos desdenes. Porque, en resumidas cuentas, ¿en qué se funda el menosprecio de los blasones que la indulgencia real ha troquelado ayer? Para algunos, en que no ostentan el verdín señorial que impusiere el tiempo á las cosas. Para otros, en que esos títulos no han sido otorgados á la sombra augusta de la gloria militar. Esos reparos, por lo frágiles, no resisten una crítica desapasionada. En primer lugar, el derecho de los descendientes de los grandes nombres á envanecerse de llevarlos, es, por lo menos, dudoso. Todo título que se haya otorgado, como premio al heroísmo, debiera caducar con la existencia de quien lo ganó. En buenos términos de justicia, al trasmitirse hereditariamente, se empaña su brillo. Para que pasase, con toda la integridad de su prestigio al heredero.

ro de quien lo conquistó, sería menester que el hijo ó el nieto del héroe, renovase las proezas ó los éxitos de su antecesor. Al venir el título á él trae hipotecada una parte de su lustre. Esa es la realidad.

Los aristócratas de reciente creación pueden alegar un mérito; el de ser los fundadores de un linaje. La historia de su alcurnia empieza con ellos. Cuando Napoleón, el Grande, concedió al mariscal Lefévre, el ducado de Dantzig, quiso solemnizar la heráldica investidura del bravo militar, con una ceremonia, á la que fueron invitados algunos nobles de vieja extirpe, que peleaban á las órdenes del Soberano. Lefévre que á más de hombre intrépido era un espíritu observador y socarrón, advirtió, en el curso de la ceremonia, que un joven aristócrata de secular abolengo, asistía, en actitud burlona á lo que pudiéramos llamar el espaldarazo del mariscal. Con la viveza de genio que le caracterizaba, encaróse Lefévre con el impertinente oficial.

—¿Se ríe usted?—Está bien...; pero, no olvide usted que si usted ha heredado un título, yo pertenezco á la raza de los que saben fundarlos...

Algo por ese estilo pudieran responder á la burla social, los aristócratas de nuevo cuño. ¿Qué no han ganado sus títulos militarmente? Convenido; pero eso no es por culpa suya. Las esfírpes, como todo, están sujetas á las vicisitudes del tiempo. Cuando la civilización ha sido esencialmente militar, las ejecutorias se han conquistado con las armas en la mano. Los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II, han sido los grandes pobladores de nuestra heráldica nacional. Luego vienen, como forjadores de la nobleza titulada, aunque menos prodigios, los dos Felipes III y IV y Carlos III, porque todos ellos reinaron en



tado, de seguro, sus blasones en el campo de batalla, en el fragor heroico de las armas. Pero, ¿qué culpa tienen ellos de que la civilización presente, á lo menos en España, sea pacífica? Sus títulos, menos brillantes que aquellos que lucen la patina histórica, no son menos honrosos. La vieja heráldica, hija de las armas, nació al calor de los peores impulsos del hombre, los que le empujan á la destrucción. La nueva, ha nacido del trabajo, que es un ideal constructivo y también del arancel, comadron afortunado de los recientes linajes.

Entre ambas dan lustre á España, pues si la una prueba que hemos tenido un pasado, la otra demuestra que tenemos un presente. Los reyes exteriorizan su alto sentido político, no excluyendo de la pompa nobiliaria á las personalidades encumbradas por el dinero y el trabajo. Sostener una fábrica no es menos honroso que haber dado muerte á ocho moros ó haber tomado por asalto un reducio. Quien dé vuelos á una industria no es menos útil á la patria que el inventor de un sistema de cañón. El uno y el otro contribuyen, en diversa medida, á engrandecer y á perpetuar la nación.

¿Por qué, pues, han de mirarse, el uno con ojeriza y el otro con envidia? En cuanto mediten sobre lo que tiene de deleznable toda vanidad y recuerden que el mismo indiferente pudiéndolo habrá de encerrar los despojos de los aristócratas de ayer y de los nobles de hoy, caerán en la cuenta, seguramente, de que no vale la pena de creer que el pasado sea superior al presente.

MANUEL BUENO

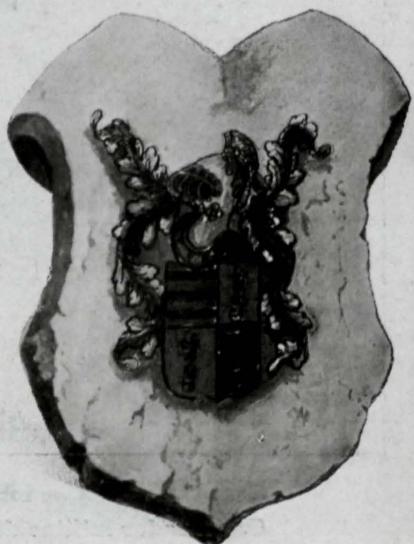
Ilustración de un documento heráldico

periodos de frecuentes sobresaltos militares, de choques internacionales y de aventuras armadas.

En todo el siglo pasado, la liberalidad regía en ese respecto no se manifestó siempre á tono con el heroísmo de los agraciados.

Desde entonces acá España, desangrada y enflaquecida, renuncia á toda empresa de conquista, cegando con su retraimiento militar, toda fuente de dádivas heráldicas. La civilización entra en un período de pacifismo, de trabajo y de riqueza material. Los descendientes de las grandes casas históricas se resignan á no hacer nada. Cuando el tédio les hostiga demasiado entran en la política por la puerta del favor, al amparo del deslumbramiento que siempre han causado los grandes nombres linajudos en las medianías que ha puesto la democracia al frente de los destinos del país. Si son ricos se engarabitan socialmente en los altos cargos de la política. Si son pobres, entroncan con el mujerío acaudalado procedente de la liquidación colonial, y si la penuria ha coincidido en ellos con la senectud, vegetan parasitariamente sin muy hondos escrúpulos en la elección de los medios para vivir, con tal de salvar el decoro exterior, caparazón de su lisiada grandeza.

Los nobles de nuevo cuño, como no han contraído todavía prejuicios de casta—eso surge en la tercera generación—son más ingenuos en la exhibición de su vanidad. Mineros, industriales, agricultores enriquecidos, se muestran un poco tímidos desde que ostentan un título del reino, en la circulación social. Parece como que nos piden perdón por ser duques, marqueses y condes. ¿Por qué ese encogimiento medroso? No me lo explico. Si viviésemos en un período de civilización militar esos caballeros hubiesen conquis-



AIRES ANDALUCES

MÁS augustos de Ovidio y de Marcial, fieles un tiempo al garbo y á los crótalos de las saltrices de Gades; Príncipe de los ingenios españoles, que en los queibros y vuelas de las famosas *Seguidillas* viste y alabaste el brinar de las almas, el retozar de la risa y el azogue de todos los sentidos; docto Espinel, que añadiste una voz á la vihuela y un arrogante corcel, de ojos de lumbre, al carro de oro y de cristal de las Musas; Rey poeta, Felipe IV, más propenso á las lecciones de los Almendas y Quintanas que á las lecciones de la Historia; Señor de la Torre de Juan Abad, españófísimos Quevedo, flor de la ciencia erudita y espuma de las sales plebeyas, amigo de jácaras y chaconas, de zarabandas y folías: asistidme vosotros, desde la cumbre del Parnaso, ingenios peregrinos, para que yo acierte á cantar y á describir el rumbo y el primer y donosura de los insignes bailes de mi tierra!

Y vosotros, lectores míos, varones prudentes, damas de calidad, pulcras doncellas, amadores del arte aristocrático, no me toméis á mal que, á fuer de español y de andaluz, entre con mi pluma en el coro de estos donaires, y me siente, á la oriental, sobre la alcatifa de una manta jerezana, al lado de unas mozas de rumbo y de unos mocitos jaquetones, y pierda el seso, apenas oiga el tañir de la vihuela y mire los primeros giros y suertes del bolero.

¡Válgame don Ramón de la Cruz, don Francisco de Goya y aun la gentilísima Caramba, reina del bolero, envidia del aire, rival de Terpsicore, discípula de las mariposas; la de los pies retozones, el tallo de sortija, los cabos negros y el rostro señoril! ¡Albicias y olés para la gente cruda y bizarra de mi tierra, para todos los Jóseitos y Manolos, Trinis, Carmelas, Charitos y Victoriais del Albaicín y del Perchel, del Mercadillo y de Triana, de la Macarena y de la Viña; que esta guitarra, lira del pueblo español, y estas danzas, prez y orgullo del Genil y del Betis, no son «cosas de moros y gitanos» como el vulgo piensa, sino que tienen su abolengo nobilísimo en la madre Roma, y pintan, como en espejo glorioso, la historia, las costumbres y el carácter de la raza!

El baile andaluz, amigos míos, no es un moro borberebi ni es un gitano de Flandes, ni siquiera un chulo de tablado, con muchos afeites y cosméticos; es un pastorcillo de la Campania que bebió el dulce mosto del Falerno insigne y oyó las Eglogas de los rúesfenes virgilianos. Corriendo los siglos, este rapazuelo inmortal, eternamente joven y alegre, mezcló á sus danzas ritmos nuevos, peregrinas canciones de pueblos bárbaros y niños, y viendo á tierras españolas, aprendió también coplas de gesta y juglaría, romances heroicos, gacelas orientales, visión de almalafas y caireles, y, al escuchar los gemidos de las razas nómadas y errabundas, sintió un impulso de suavísima tristeza. Por fin, cuando las naves castellanas echaron sus áncoras en las riberas de Nuevo Mundo, el hispano pastor, oriundo de la vieja Roma, ornó sus pasos y canciones con las danzas guerreras del gran Chaco y los mimosos aires de las Antillas. Que es el baile andaluz un hilo de oro del espléndido collar de nuestra historia...

Venid, pues, conmigo, lectores de mi estirpe, de mi estirpe latina y castellana, que habéis por padre espiritual á Miguel de Cervantes Saavedra, eterna luz y alegría de las Musas; venid, siquiera con la imaginación y el sentimiento, á orillas del Guadalquivir, camino de Aznalfarache, á posar conmigo en deleitoso rincón, no tan recañado que no descubra el airoso perfil de la Giralda, sobre el azul del hispalense cielo.

Limpio el horizonte, luminoso el aire, encendido el sol, poblada la tierra de aromas... ¡Como que estamos en España y en Sevilla por añadidura!... Sobre el tapiz de una manta de muchos colores, un tocador de los clásicos de mi tierra, templa con mimo la guitarra; en torno se agrupan varios mozos y mozas, flores de la picardía, semblantes dignos de un romance de cordel... Mirad esa hembra de rompe y rasga que sale al centro del ruedo, con negros ojos y negrísima intención: apenas la gallarda bailadora arquea los redondos brazos, dibujando con ellos

el primer envite, empieza á retozar el alma en el cuerpo y á picarme el corazón como una pimienta. El desenfado del baile contrasta con el admirable señorío de los movimientos y actitudes, y el fuego de los rasgados y fulminantes ojos con la seriedad del semblante.

Al danzar, parece que ejecuta un rito sagrado: aunque la moza es risueña, se torna grave; aunque es sencilla, se vuelve orgullosa; aunque nació gitana, parece una reina.

Bajo los pliegues de la falda, retozan los dijes de los pies; al pasavolante de las mudanzas se ve la elegíscima pierna, desde el fino tobillo hasta el bello engarce de la corva...

El cuerpo se dibuja armonioso en los pasos, suertes y trenzados del bolero, y al llegar al final, creciendo en viveza y rapidez, trémula y jadeante, acaba con la rodilla en tierra, erguida la frente, arqueados los brazos, medio escondido el rostro entre las cintas de colores de las castañuelas...

Ahora es preciso merendar lo mejor que se pueda y trasegar de lo lindo aquel vinillo a lo que «de rancio gusto y olor» que hacía perder los estribos al buen Baltazar del Alcázar...

La vihuela, entre tanto, rompe con un són dulce y melancólico, á estilo de malagueñas, y hace unos cuantos primores, rosas, falsetas y duendes.

Luego hiere el tocador las cuerdas á lo rasgado, suavemente primero y airadamente después, rematando con un chaparrón de notas, que parece que brotan, como granizos, de los dedos.

Al cabo, el tañido de la guitarra se convierte en zumbón y festivo. Otra mocita juncal, sale al coro para bailar el «garrotín». ¡Ved cómo toma tierra con los pulidos «pinreles», que se pierden en los giros y vueltas del baile, mostrando, entre los festones de la enagua, la media de seda y algo más de los primorosos fundamentos de su persona!

¡Cómo se pone en la cabeza un sombrero flexible y empieza á marcar el compás con unos golpecitos de tacón; haciendo graciosos «comentarios» con las caderas, ligeras alusiones y dulcísimos contoneos, agitando las manos con vivos temblores, doblando el sombrero sobre las orejas, y cruzando los pies con pasos y actitudes de una insolencia deliciosa!

¡Qué queibros de cintura, qué cernidos y desmayos, qué repiques y campanelas, qué posturas, mudanzas y volteos!

¡Sabéis de otro baile que, como éste, sea libre y cátedra del amor?

Si para dar remate y cabo á la fiesta, una gitana de ojos de fuego, principia á «marcarse» un tango. Se oye el dulce trinar de las cuerdas, el acompañado jaleo de las palmas... La hembra, siguiendo el compás con vivo taconeó, sube y baja los brazos, mueve blandamente las caderas con ritmo pausado y cadencioso; haciendo primores con las manos, ora poniéndolas con mimo en la cintura, ora arqueándolas sobre la frente: poniendo una en los ojos, á guisa de pantalla; á un lado de la boca, á modo de bocina; repicando con los dedos, mirando á todas partes, á un tiempo amante y desdichosa, alta y alegre, provocativa y señoril. Hay un momento en que las palmas se tornan suaves; la guitarra apenas se



La gentil artista «La Imperio», en uno de sus bailes andaluces
FOT. CALVACHE

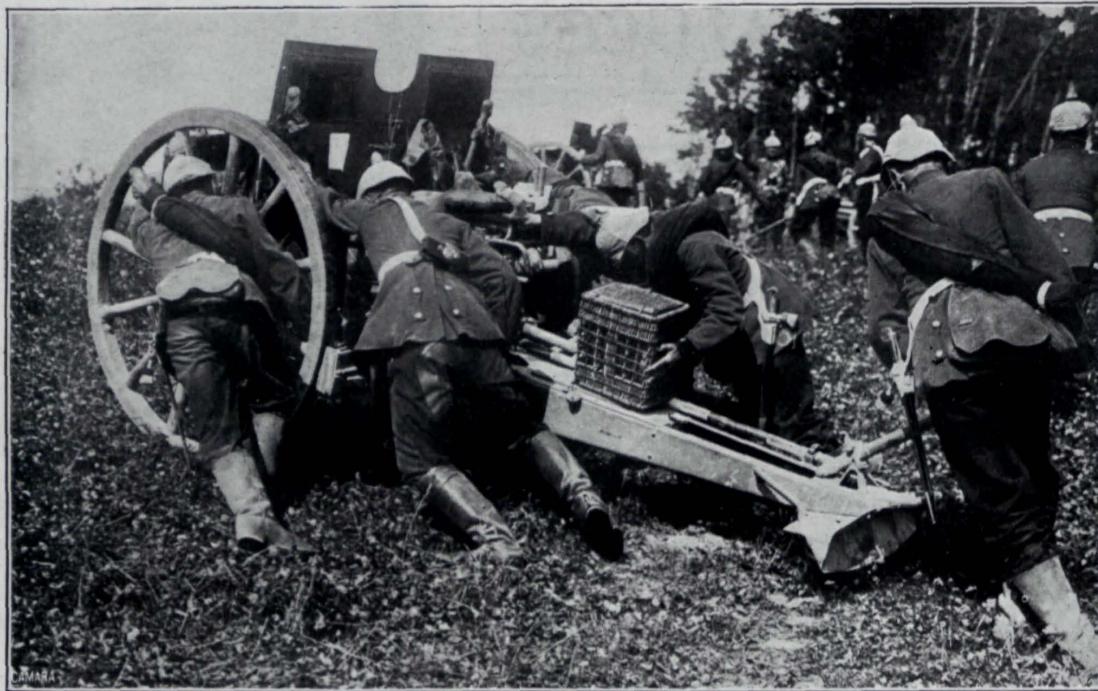
oye; la bailarina borda con los pies una falseta. Luego el compás se hace más vivo, las palmas arrecian y el baile concluye en seco, juntas en un acorde las notas de la guitarra, las manos de los jaleadores y los pies de la saltatriz...

Si os place el espectáculo, lectores, decídselo á esa maga de ojos de fuego; ella sabe de polos y tiranas, de serranillas y jaberías, de zarabandas y yaponas, de guirigays y de fandangos, y aun de aquellas pavanás y españolas que en los alcázares de Madrid y Aranjuez hicieron las delicias de príncipes y reyes.

¡Baile andaluz, de clásico abolengo, flor y nata de las alegrías españolas! Nadie le mire con desdén, ni desprecie á la guitarra por plebeya, que en esta noble rival de la lira y en estas danzas, prez y orgullo del Genil y el Betis, se pintan, como en espejos gloriosos, la historia, las costumbres y el carácter de la raza.

Busquen otros con afán las exóticas elegancias de la Duncan; yo echaré siempre mi capa española al paso arrogante y gentil de la Musa de mi tierra, de la Pastora Imperio...

RICARDO LEÓN



Artilleros alemanes disponiendo las piezas para un ataque

EL GRAN CULPABLE

HACE unos pocos meses, Gabriel Alomar, en un vibrante artículo, comentaba con gozo la terminación de las obras del canal de Panamá; y exaltado su generoso espíritu por la grandeza de la hazaña pacífica, decía algo como esto: «En los libros de historia del porvenir, el 1914 tendrá un nombre glorioso: se le llamará el año del canal de Panamá». Se engañó el soñador; nos engañamos como él cuantos soñamos el advenimiento del «reino de la humanidad» por vías pacíficas: el año 1914 se llamará «el año de la guerra».

Vamos á hablar un poco de la guerra. ¿Es posible, hoy, hablar de otras cosas? ¿Es posible tener una pluma en la mano, y escribir de otra cosa? ¿Es posible siquiera tener carne humana por cuerpo y sentir otra cosa que el horror á esta inaudita carnicería? No es posible, no. Hablemos de la guerra. Todo el mundo, al menos exteriormente y con palabras, abomina de ella. Los pocos á quienes conviene por hipocresía prudente; los infinitos á quienes perjudica, por la más real de las indignaciones: la que está fomentada en la inmortal raíz del egoísmo; los que amamos á la humanidad, por espanto de su sufrimiento; los que se aman á sí mismos sobre todas las cosas, por espanto de los materiales trastornos inevitables.

Y unos y otros maldicen con exaltación al culpable de haber desencadenado el cataclismo y achacan esta culpa unos á Alemania y su orgullo, otros á Inglaterra y su egoísmo, algunos á Rusia y su ambición. Vamos á maldecir también nosotros, pero generalizando un poco más; el gran culpable no es un Emperador, ni un Rey, ni un Parlamento, ni una nación siquiera; el gran culpable está en todas las naciones; es un fiero monstruo, creación del esfuerzo humano, hijo mal nacido que devora á la madre que lo parió. El culpable de esta guerra, es decir, la causa de esta guerra, explosión demasiado terrible para que pueda ser obra de una sola voluntad, es sencillamente el capital, mejor dicho, el sistema capitalista que rige y gobierna el mundo moderno. EL CAPITAL, así, con todas las letras mayúsculas.

¡Ah!—diréis—ese es un punto de vista socialista. Naturalmente, pero es el mío, puesto que socialista soy. De lo que ahora se trata es de ver si logro explicar este punto de vista con la claridad suficiente para que pueda llegar á serlo, por

convencimiento, de otros cuantos españoles de buena voluntad.

Los argumentos que voy á emplear, mejor dicho, los hechos que me han de servir de argumento no los he inventado ni descubierto yo; en primer lugar, porque son hechos y los hechos no los inventa nadie; en segundo porque son tan evidentes y tan elocuentes que todos los espíritus que los consideran con imparcialidad y buena voluntad, sacan de ellos consecuencias harto semejantes. Muchos han dicho mejor que yo lo que voy á decir; para los socialistas que lo son de verdad y que saben por qué lo son, no habrá en estas líneas descubrimiento ninguno: espero únicamente que den motivo á un instante de reflexión á muchos que no suelen pararse á pensar en estas cosas.

Haremos para entendernos con más claridad un cuadro á modo de pizarra de escuela:

1.ª y esencial:	IMPERIALISMO
CAUSAS DE LA GUERRA ACTUAL.	CAPITALISMO
	MILITARISMO
Secundarias:	Rencores históricos.
	Patriotismo mal entendido

Demostración teórica de este sencillo cuadro.

En todo tiempo, aunque otra cosa digan los manuales de Historia romántica que han pretendido hacernos estudiar en escuelas y universidades, las naciones han peleado por motivos económicos; la mayoría de los individuos que componen una nación, nunca han deseado la guerra, porque lo que á todos les ha convenido siempre, en cuanto individuos, ha sido vivir en paz, gozando el fruto de su trabajo, pero las clases directoras de las naciones han incitado á los pueblos á la guerra con el fin de lograr—para sí—las ventajas económicas propias de cada tiempo. Así en la antigüedad se peleaba para lograr esclavos, necesarios á la vida ociosa de las clases directoras, en los tiempos feudales se iba á la guerra para ganar tierras que distribuir entre los nobles. Los gobiernos modernos son capitalistas, es decir, que el capital gobierna á las naciones, y se va á la guerra para buscar mercados que aseguren los negocios,—es decir, las enormes ganancias de los grandes industriales y comerciantes.

El desarrollo de la industria y del comercio parece un bien universal, á primera vista, y lo sería desde luego si gozasen de los beneficios que produce, todos los que intervienen en él; pero de sobra sabemos todos que de todo el trabajo de toda la humanidad, el único que aprovecha es el capitalista; el dueño de una mina es multimillonario, los mineros que arrancan la riqueza para él se mueren de hambre; el patrón de una empresa pesquera es riquísimo: los que salen al mar á buscar el pescado no tienen pan que dar á sus hijos. Sin embargo, «los amos» se quejan de que sus negocios no marchan todo lo bien que fuera de desear: tienen razón á veces, pero ellos se tienen la culpa por una ceguera casi incomprensible. Para ganar más han adoptado unánimemente el sistema de pagar á los obreros á quienes emplean, un jornal insuficiente para la vida; el obrero mal pagado, naturalmente no puede consumir; la producción aumenta á medida que aumentan las facilidades que dan los adelantos científicos: de poco sirve puesto que no hay quien compre. ¿Quién va á comprar, si la inmensa mayoría de la población,—que es la población que trabaja—se está muriendo de hambre? Por eso hay que ensanchar mercados, intentar vender lejos lo que no se puede vender dentro de casa. El capitalista, para no arrojarse, pide tierras nuevas en que vender; lo malo es que casi todas las naciones civilizadas están frente al mismo conflicto; quedan las naciones por civilizar ó á medio civilizar; á unas hay que asustarlas para que compren en buenas condiciones y á otras hay que colonizarlas para imponerles por fuerza los productos de la «generosa metrópoli»; de aquí nace el «imperialismo». Esta palabra nueva «imperialismo» significa eso; colonización de territorios lejanos á los cuales se impone una unión económica con la metrópoli merced á lo cual se forma un imperio.

Pero el mundo es pequeño y está muy repartido. Los territorios colonizables ofrecen resistencia, á veces formidable, á dejarse «colonizar»: hay que hacer la conquista á la fuerza. Esta fuerza imprescindible se llama ejército; de ahí el militarismo. Pero resulta que el sostener un gran ejército cuesta muy caro, que el dinero para sus gastos sale del pueblo, y que el pueblo protesta y se inquieta; las clases directoras sienten pánico; hay que dominar, precavidiéndola, la rebelión posible; esto se logra únicamente mediante

LA ESFERA

la fuerza; hay que tener ejército para colonizar fuera y para reprimir dentro... y, naturalmente, hay que aumentar los gastos militares, con lo cual aumenta la miseria y el malestar del pueblo... círculo vicioso. «El estado capitalista—dice Morris Hillquit, uno de los *leaders* más progresivos y sagaces del partido socialista en Norteamérica—está edificado sobre el cráter de un volcán. Las clases privilegiadas están siempre temiendo la revolución social y necesitan apoyarse en el ejército.»

Otra cosa. Como para que un ejército sirva de algo es preciso que pueda destruir al de la nación enemiga, cada nación «capitalista» necesita superar en armamentos á la contraria y tener á sus soldados en constante ejercicio preparatorio, y sucede que esta eterna preparación para la guerra y este perfeccionamiento del instrumento bélico llega á ser una inconsciente pero constante excitación á la guerra.

Dicen que á las naciones civilizadas no les trae cuenta tener colonias. Es verdad; á la nación no le trae cuenta, pero á los capitalistas sí, y como las piden, y la fuerza está en sus manos, las procuran. El capital, con sus dos consecuencias —imperialismo y militarismo—es la causa primaria y esencial de la guerra. Hay otras dos, pero harto secundarias: los rencores históricos y el falso patriotismo. ¿Quién duda de que Francia tenía en el alma la pérdida de Alsacia y Lorena? ¿Quién duda que una vez emprendida la guerra, cada soldado que está luchando da con gusto la vida porque su patria quede «encima»? Pero esas no son causas «eficientes», sino fuerzas latentes, fermentos viejos que las clases directoras se cuidan de alimentar y despertar para hacerlas servir de espejuelo y pantalla á un mismo tiempo y deslumbrar con ellas á los luchadores, mientras con ellas les ocultan más ó menos el verdadero motivo de la catástrofe.

Todo esto puede parecer teoría; pasemos á la demostración histórica:

Desde hace unos cuarenta años, es decir, desde el fin de la guerra franco-prusiana, se han desarrollado paralelamente y con rapidez asombrosa el capitalismo, el imperialismo y el militarismo. La era moderna de la industria en grande escala date de 1871. El crecimiento del capitalismo, favorecido por los ferrocarriles, las má-

quinas, los telégrafos, los grandes barcos de vapor, es asombroso. Las inmensas fortunas individuales, las poderosísimas compañías, los grandes trusts han aumentado aterradora mente. En 1870 el comercio exterior anual de Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia y Bélgica era de unos siete mil millones (siete billones, 7.000.000.000) de duros; en 1815 es casi de veinte mil millones (20 billones, 20.000.000.000). ¿De dónde han salido todos los mercados necesarios á ese tremendo aumento?

El imperio británico hoy ocupa una cuarta parte de la superficie total de la tierra. Pues bien, la mejor parte de este dominio colonial —Nigricia, África oriental inglesa, Rodesia y Transvaal—lo ha adquirido en los últimos treinta años.

Francia, aunque se dió á colonizar desde el siglo xvii, ha adquirido en los últimos cuarenta años mucho más territorio que en los dos siglos y medio anteriores.

Alemania no empezó á tener colonias hasta el año 1884, fecha de su primer establecimiento en Togolandia, y desde entonces ha adquirido por conquista, tratados, cesiones, arrendamientos —basados en el terror que impone la fuerza de sus armas, naturalmente—territorios de una extensión equivalente á más de cinco veces la de la madre patria.

A compás del imperialismo ha crecido en Europa el militarismo. Antes de 1870 sólo Prusia tenía servicio obligatorio; hoy le tienen todas las naciones europeas de alguna importancia, excepto Inglaterra. En 1871 el presupuesto de guerra—sumado—de las seis principales naciones que hoy están en guerra, era de unos 400 millones de duros. En 1913 fué de unos 1.700 millones; es decir, los gastos militares para esas seis naciones han aumentado en más de un 400 por 100.

Y á compás del militarismo ha aumentado, naturalmente, el malestar popular, y la rebeldía organizada de las clases trabajadoras. En 1871 el movimiento socialista era casi nulo. El partido democrático socialista tenía en el flamante Reichstag alemán dos únicos representantes; hoy hay en los parlamentos de las naciones beligerantes 550 diputados socialistas, que representan á unos siete millones de electores,

esto sin contar las mujeres que no votan, pero sufren la miseria inherente al régimen capitalista lo mismo que los hombres, y que tanto ó más que ellos desean su derrumamiento.

La unión del trabajo contra el capital adquiere proporciones formidables. Y este movimiento de unión amenaza seriamente la existencia de las clases directoras y de las monarquías. En Alemania más de las dos terceras partes de la población total forma parte del partido socialista. Continuando en condiciones normales, dentro de pocos años el gobierno del Imperio hubiese estado en manos de los socialistas. Esto habría que evitarlo á toda costa. No ha podido la costa ser otra que la guerra, y á la guerra se ha ido.

En Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Austria, el partido socialista amenaza también apoderarse del gobierno de la nación, en plazo no muy largo. En Rusia algo más que amenaza fué la revolución del año 1905: volvían á manifestarse síntomas de revolución nueva. Entretanto los capitalistas seguían pidiendo mercados y cada vez con mayor urgencia; ya no hay tierra libre: el peso de los armamentos se ha hecho insoprible: la rebelión de los trabajadores amenazaba inminente: los gobiernos, impotentes para salir del espantoso laberinto, atentos siempre preferentemente á la voluntad del capitalismo, se han lanzado á la guerra. La nación que venza podrá apoderarse de la poca tierra colonizable que aún queda libre; entretanto se acallará con los gritos del patriotismo la voz de las revoluciones interiores, y asaco—no todo ha de ser desesperadamente malo—acaso la magnitud de los mutuos quebrantos pueda inclinar á las naciones beligerantes á reducir los armamentos.

Durante años se ha venido preparando inevitablemente esta explosión. «No decíamos todos: «Así no se puede seguir viviendo»? Y ha estallado. La causa ocasional. Parece que tiene la culpa Alemania; acaso bajo la apariencia de prosperidad, había allí más hambre que en ninguna parte. Pero si hoy no hubiera sido el Kaiser, mañana hubiera sido el Rey de Inglaterra. La culpa verdadera, la culpa toda la tiene el sistema capitalista que gobierna al mundo. El gran culpable es el capital.

G. MARTINEZ SIERRA



Efectos de una bomba alemana en las Dunas. Soldados franceses fuera de combate

NUESTRAS VISITAS

RICARDO LEÓN

UNA casa callada y modesta. Por todo ornato, libros, cariñosamente encauzados. Por todo alieno y fortaleza para la lucha, una venerable mujer, torpe—por los años—en el andar, pero precisa y noble en el decir, que comparte los azares y laureles del hijo poeta. Porque gústale á la anciana señora escuchar, antes que nadie, los madrigales y estrofas de su niño cantor, no será extraño encontrarla con frecuencia al lado de él, con los ojos ya llenos de sombra, perdidos en la nada, pero con el oido atento á los endecasílabos que va perfeccionando su hijo.

Este es el hogar del nuevo y joven académico Ricardo León, y sin las dolencias que de continuo le acosan, dirímos que es el hogar de un hidalgó felíz.

Ricardo León es un hombre pequeño, quizás, encogido. Es la modestia personificada. En vez de hablar parece que murmurara acuciado tal vez por el temor de que su voz disuene de las demás. Si anda, casi arrastra los pies, procurando hacer el menor ruido posible. Si dala la mano, su apretón es suave, inadvertido. Yo he querido constatar la sinceridad de la modestia de este literato y después de acomodarme en su sillón de trabajo le he dicho una cosa que yo creía estupenda.

—Mire, Ricardo: usted sabe perfectamente que yo soy un hombre sincero para el público; es decir, que el único valor que tienen mis informaciones se lo dala la verdad de lo que veo y de lo que siento.

—En efecto —ha respondido él complacido.

—Pues bien, yo antes de tener esta conversación con usted, deseo que me conteste á una pregunta. Si en mi información hay algo de crítica para su persona ó para su obra ¿usted no se molestará?..

—¡Qué disparate! —ha exclamado el poeta, sin mostrar el menor recelo por mi preface. —No me conoce usted, amigo mío; yo no soy lo que algunos creen á juzgar por mi vida de relativo apartamiento. Desde mi rincón de estudio y de trabajo procuro salir cuan-
to puedo de mí mismo, con el espíritu abierto á todas las

ideas, á todas las opiniones, por adversas que fueren á las mías. Yo me hice escritor viviendo más que leyendo y más á fuerza de golpes que de halagos. La crítica, no ya la honrada y sincera, sino la más apasionada y rigurosa, me hace mucho bien. La alabanza á todas horas es una dama que acaricia y enerva. Me incitan más al trabajo y á la lucha los desabrimientos que las lisonjas. Atendiendo al refrán «del enemigo el consejo», procuro aprovechar todas las lecciones, aun aquellas que vienen con acritud ó rencor. Siempre he sentido menos vanidad que ambición y nunca enamorado de mis obras, soy yo mismo el crítico más implacable de ellas... Así, pues, que tiene usted, no solamente mi autorización—que no le era menester—para censurarme, sino mi colaboración y mi voto incondicional.

El sosiego y convencimiento con que Ricardo

Ricardo León en su gabinete de trabajo

León dijo ésto, me mostraron su espíritu humilde, perfectamente equilibrado, sazonado con la modestia.

Viste de negro, sin atildamiento; más bien con desalíño. Su piel tiene colores bermejos. Una pelusilla azafranada apenas cubre su cabeza. El bigote recio y descuidado también tiene tonos rojos. Sus ojos pequeños miran á través de gruesos lentes de roca, con esa expresión ingenua, tan característica en los mioses.

Es andaluz, malagueño este literato, cuya prosa está recriada en soleras cervantinas; pero en vez del porte alto y gallardo de los hombres de la Andalucía, tiene el aspecto sencillo e insignificante de un buen hidalgó nacido en Castilla.

—No parece usted andaluz—le dije yo pensando en alta voz.

—Pues nací en Málaga—protestó él ufano—el día de Santa Teresa del año 77.

—Siga usted; ¿qué más?...

—Mi padre era militar. Un hombre admirable; tenía un alto concepto de la vida y procuraba, de una forma clara y sencilla, irlo involucrando en mi espíritu. Yo no he conocido á nadie que me enseñase á vivir rectamente, como lo hacía mi padre. Mi espíritu comenzaba á manifestarse anunciando un hombre de acción. Yo soñaba con la bandera, el fusil y el enemigo; quería ser militar. Físicamente iba muy bien encamulado: era un muchacho sano, ágil y musculoso. ¡Cuánto daría yo por volver á aquellos días de la infancia!...

Hizo una pausa León; yo esperé; después prosiguió:

—Y todo cambió cuando á los doce años perdi á mi padre. La adversidad más implacable nos acorralaba; pero ¡en todas sus manifestaciones! dolor, pobreza, enfermedades. En fin, no quiero recordar. El caso es que á mí se me presentó una dolencia que desde entonces no me abandona y ya casi estoy agradecido á ella.

Como yo hiciera un gesto de asombro, él prosiguió rápidamente:

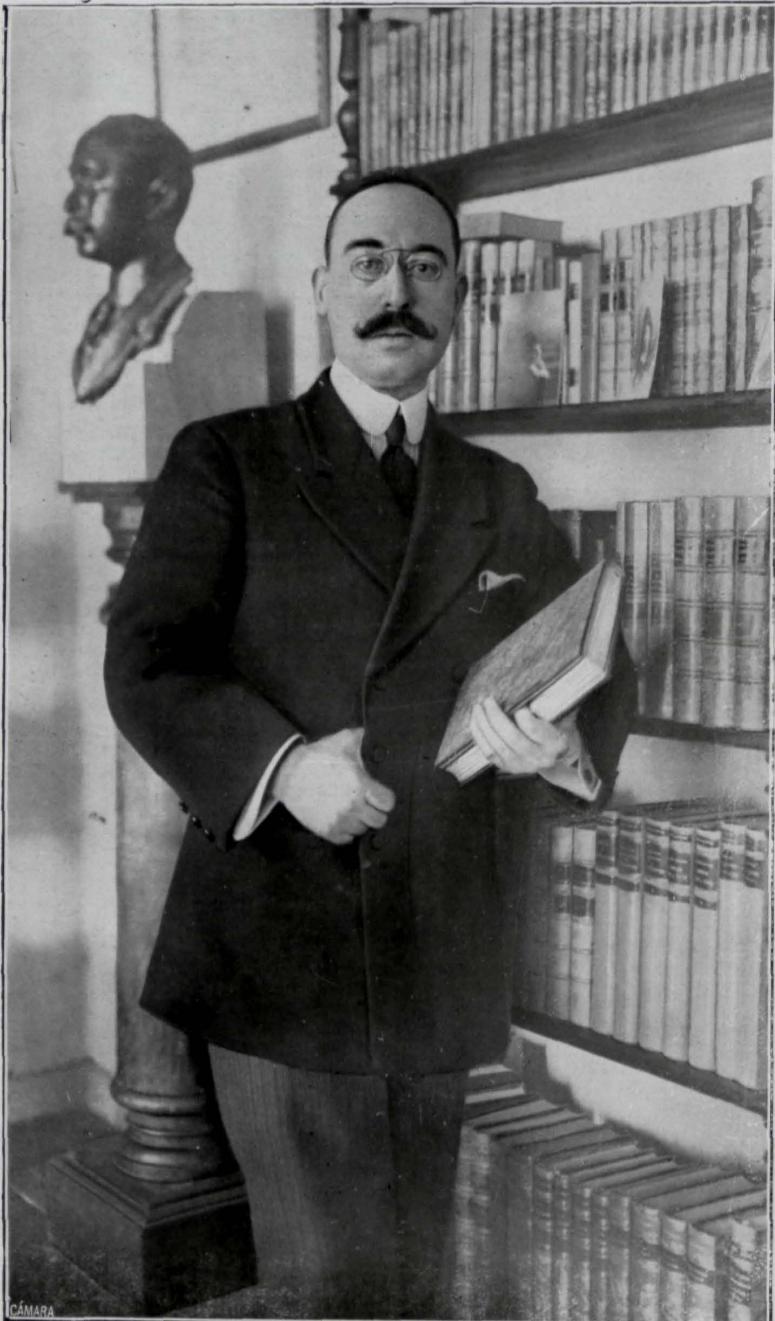
—Sí, porque verá usted; mi enfermedad me ha tornado de hombre de acción en hombre reflexivo; y de mis soledades en casa ha salido el escritor. De haberme yo criado en un hombre sano y fuerte, hubiera sido un militar, un batallador, pero jamás un poeta.

—¿A qué edad hizo usted los primeros ensayos literarios?...—le pregunté.

—Comencé á emborrifar cuartillas en mi adolescencia. Me gustaba mucho leer. Sobre todo las novelas de Julio Verne y después escribía bajo la influencia de estas lecturas; pero, claro, sin pies ni cabeza. Es decir, que yo tenía una vena romántica desde niño, que las impresiones que iba recibiendo las aplicaba indistintamente.

—¿Fue usted periodista en Málaga?...

—Sí, señor; fui periodista exaltado. Y yo mismo me asombro de haber sido un escritor de esos... ¡cómo diría yo?... vamos, de los temidos. Hice mis campañas y tuve mis éxitos. Escríbía en *La Información*, en *La Unión Conservadora*, en *Luz y sombra* y en casi todos los periódicos de allí: yo, entonces, me creía un luchador, un hombre temible! Pero en ésto me llama el Banco para ocupar una plaza, ganada por oposición cinco años antes, y me veo obligado á ir á Santander. ¡Qué contraste tan grande! De la vida alborotada y ágil de Málaga á la vida austera y apacible de Santander. ¡Y cómo influye en uno el medio ambiente!... Yo, en Santander, era otro. También comencé á colaborar en los diarios de allí; pero sin darme cuenta, había cambiado la pluma de periodista por la de poeta. Aquel paisaje de la montaña, aquella vida ondulada suavemente, la lectura de Pelayo, de Escalante, de Pereda y de tantos otros ilustres santanderinos y el trato de gentes muy reposadas y sensatas, me fueron modelando. De todas estas cosas nació mi primera novela *Casta de hidalgos*.



CÁMARA

LA ESFERA

—¿Y de Santander vino usted á Madrid?

—Volví á Málaga y allí escribí mi *Comedia sentimental*.

—¿A los cuantos años de escribir su primer libro ha sido usted llamado á la Academia?...

—A los cuatro años.

—¿Tenía usted antigua amistad con Maura?...

—No, señor. D. Antonio lo ha dicho en su notable discurso y así fué nuestro conocimiento: A raíz del inicuo atentado de Artal, Maura leyó mis novelas en su retiro de Mallorca y espontáneamente me hizo la merced de escribirme una carta de amables alabanzas muy gratas para mí. Al mismo tiempo, según he sabido después escribió á Rodríguez Marín, hablándole encomiasticamente de mis libros y le anunciaba su deseo de que me llamara á la Academia; pero advirtiendo que yo no debería saber nada de tal propósito «pues á este joven escritor—decía—hay que añearlo un poco».

—Ahora hace tiempo que no labora usted...

—En efecto, llevo dos años sin producir. Estoy en un alto. Yo á esto le llamo un holgón ó barbecho: dejar reposar la tierra y al mismo tiempo pararme á reflexionar sobre lo hecho y lo que debo hacer.

—¿Usted traza al detalle el plan de sus novelas antes de escribirlas?

—No, señor. Los libros me llevan á mí más que yo á los libros.

—¿Qué le gusta á usted más, escribir en verso ó en prosa?...

—Por mi gusto sólo haría versos. De ser algo soy poeta y de aquí nacen los más graves defectos de mi prosa y de mis obras novelescas. Tengo el oido tan acostumbrado al ritmo poético que á veces me cuesta no poco trabajo sacudir ese compás, que adultera la prosa, robándola su ritmo propio, su llaneza y sinceridad. Los excesos de la fantasía me conducen también

creciente de la acción social; la intervención de la mujer en todos los órdenes de la vida y del espíritu, son robustas señales de juventud y actividad. Lo que sucede es que la política—la única excepción—lo cubre todo con apariencias de nulidad y abatimiento. En la gran colmena española se trabaja con ímpetu febril, pero quien nos observa desde afuera, sin conocernos bien, no advierte la callada labor de las abejas sino el zumbido de los zánganos. Además, contribuye también á nuestro mal esta condición nacional esquiva, solitaria, rebelde, indisciplinada. Cada español es un reyezuelo absoluto; abordan entre nosotros las individualidades energicas, poderosas, originales, mas con tendencia siempre á la soledad, á un hurao desvío, á un previo desdén de todo lo ajeno. Siempre fuimos así, pero los grandes ideales de religión y de conquista de otros siglos acertaron á unir con poderosa argamasa, estos robustos sillares, á



Ricardo León, acompañado de su madre

FOT. CABALLER

—Y ¿qué impresión le causó á usted el acto de leer su discurso y tomar posesión de su cargo de académico?...

—Figúreselo usted, una emoción y un miedo enormes. Me parecía y aún me parece un sueño.

—¿Tenía usted muchos deseos de ser académico?...

—Hombre, para un escritor esto constituye la cumbre en su carrera. Adviértole á usted con absoluta sinceridad que yo estoy seguro de que no me ha elevado hasta esta cumbre con alas de mis valimientos y mi sabiduría, sino con la indulgencia y la bondad de los demás.

—¿Cuál de sus libros es el que más se vende?

—*El amor de los amores*.

—¿Cuál es el que más le gusta á usted?

—Yo, aunque considero estos libros como ensayos ó más bien como balbucos y creo que aún he de hacer algo más serio, los que más me gustan hasta ahora, es decir, los que veo mejor hechos, son *Comedia sentimental* y *La escuela de los sofistas*. En cambio el que me parece más flaco y el que me ha dado más que hacer ha sido *Los Cenfauros*.

á un vicioso lirismo que desfigura la realidad con arrebatos intemperantes de palabra y de concepto. Así, yo no me juzgo novelista; soy un poeta que hace novelas. Al revés del famoso personaje, escribo en verso sin saberlo, y casi siempre, acabada una página tengo que dedicarme á «cazar endecasílabos» y á cortarles la cabeza, salvo los casos en que le dan cierta gracia y misteriosa seducción al período estas invasiones del metro y aun de la rima.

Ya de pie, dispuesto á salir, exclamé:

—Una última pregunta, León: A juicio de usted, ¿pasó España por un momento de decadencia ó de apogeo?...

—Yo creo—dijo Ricardo rápido, al mismo tiempo que limpiaba los cristales de sus lentes—que vivimos, no en un ocaso sino en una clarísima alborada. Todo induce á creer en el renacimiento del genio español en el mundo: la preocupación aguda, dolorosa, calenturienta de cuantas cuestiones se refieren á nuestro pasado y á lo porvenir; el cultivo cada día más intenso de la ciencia, de las artes en un sentido tan moderno y en el fondo tan español; el movimiento

juntar la raza entera en un solo haz, militante, agresivo, lleno de vida y de fuerza, que produjo aquella explosión magnífica del siglo xvi. Rotos hoy aquellos vínculos, es menester tratarlos de nuevo á crear otros para que no se malogren por falta de cohesión los vivos esfuerzos individuales. A este fin lo más urgente es barrer de la política á los que hacen oficio y granjera de ella y emprender una cruzada arrolladora, de carácter hondaamente patriótico y popular, donde todos, respetando mutuamente sus ideas y sus fueros, coincidan siquiera en un solo punto común. ¿Es posible que los españoles de hoguero no coincidamos siquiera en un solo anhelo?... Basta coincidir en el amor de la patria... Con esto y con un caudillo generoso, inmaculado, muy español, muy valeroso y prudente, capaz de empuñar la espada y la bandera y de mover las muchedumbres ¿no lograremos resurgir?...

—Es posible todavía...—le contesté.

—Yo lo creo firmemente;—aseguró él con ardiente juvenil—por eso soy maurista...

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona



LA OFRENDA, cuadro de Eugenio G. Olivera

ECOS DE LA GUERRA

LOS PERROS EN LOS COMBATES



BIEN hayan quienes, enterneados por los malos tratos que algunos dan á los perros, evitan las torturas de los nobles animales. Con motivo, el triste y espantoso motivo de la guerra europea, se está demostrando que el corazón de la raza canina se siente más inclinado á la piedad que el de algunos hombres entregados por soberbia, por codicia ó por criminales celos á la bárbara tarea de la destrucción y aniquilamiento del prójimo. Los tiempos son de tal índole, que hasta los perros dan lecciones de amor á los hombres, y eso que la palabra perro es usada infinitas veces para representar lo desdichado, lo duro y lo cruel. Sí, los animales, averiados de cómo las gastan los humanos, se interponen entre quienes pelean para salvar á los caídos en el fragor de los combates, los que acaso murieran olvidados si no los olfateasen cariñosamente los canes, que ya forman parte de los más poderosos ejércitos del mundo.

En las filas de las legiones que actualmente luchan hay perros, pero no para contribuir á los estragos, sino para procurar su alivio. De la muerte, del destrozo, de hacer que la sangre corra, los cuerpos se despedazan y las vidas se consuman, están encargados los hombres. La de los perros es misión diferente; tienen la de recorrer los campos de batalla, húmear entre las malezas, no dejar sin examen sitio oculto para que se pueda socorrer á los heridos graves que, abandonados en el campo, fácilmente perecen por falta de asistencia. Bueno que el ser inteligente, sentimental y hasta romántico, se entregue al furor y olvide á sus semejantes. Los perros no pueden igualarse con los hombres, y por lo mismo, se consagran á la misión de buscar heridos, aunque en ocasiones tengan el recuerdo lastimoso del látigo con que los racionales suelen dar muestras de su buen corazón á las infelices bestias.

Lucien Descaves habló hace pocos días en *Le Journal* de los perros que trabajan como auxiliares en la sanidad castrense. Antes de que estallara la guerra, habíanse organizado perreras militares. Tres tiene Francia: una en Fontainebleau, otra en Maisons-Laffite y otra en París, establecida en la plaza de Félix Faure.

En Marzo de 1911, autorizó el Ministro de la Guerra francés que se creara una perrera militar para amaestrar canes destinados á servir de auxiliares á la sanidad. Tan útil instalación estuvo desde el primer momento dirigida por un oficial que allá en 1895 había estudiado en Alemania el empleo de los perros para buscar heridos.

En Alemania es antiguo el uso de los perros en las operaciones militares. Ahora se está demostrando que las previsiones de los tiempos de paz han sido eficacísimas en la guerra. *La Gaceta de Berlín* publica el relato de un camillero que elogia la utilidad de los perros militares. En una noche el que auxiliaba al camillero del relato descubrió siete heridos, cuatro franceses y tres alemanes, caídos en lugares extraviados y ocultos donde de cierto hubieran perecido sin que nadie les socorriera. El perro, olfateando, dió sucesivamente con los siete cuerpos yacentes entre maleza; aulló y los sanitarios acudieron para transportar á los heridos al Hospital de sangre.

En Alemania han dispuesto que se recoja el mayor número de perros aptos para el servicio de sanidad militar, y que se les instruya convenientemente con el fin de aumentar el número de los que hay en campaña y de sustituir á los que sucumben, porque son bastantes los animalitos que caen acribillados por las balas mientras ejercen su oficio salvador. Los cuerpos de reserva del ejército alemán han reunido para su uso más de seiscientos canes, que conocen el papel filantrópico que se les confía.

El ejército francés, comprendiendo la utilidad de los auxiliares caninos, también aumenta su número. Los alcaldes de Francia han recibido de la «Sociedad nacional para la recogida de heridos en los campos de batalla», una circular en que se ruega á los habitantes de las comarcas rurales poseedores de perros de ganado—son los preferidos—, y de diez á veinte meses de tiempo, los envíen á las secciones donde los amaestran para poder utilizarlos durante la guerra. Se constituyó hace un par de años la «Sociedad del perro sanitario», destinada á proveer al ejército de tan excelentes auxiliares, y por agencia de tal Sociedad figuraron ya en las filas del ejército francés los canes adscritos á las funciones sanitarias. En la última parada del 14 de Julio desfilaron detrás de las tropas perros que ahora están en la línea de fuego y realizan verdaderas proezas de salvamento.

Jefes, oficiales y soldados escriben desde los sitios de combate dando cuenta de la utilidad de los perros. Los animalitos, no se acostumbran fácilmente á los estampidos de los cañones, pero apesar del temblor que suelen sentir en el fragor de la lucha, indican á los camilleros dónde

quiere atacar al campamento. Delante de las fuerzas exploradoras, les sirve de guía y les avisa en llegando la ocasión de ponerse en contacto con el adversario. Es á un tiempo mismo, colaborador del soldado para su defensa y para evitar que se quede sin amparo cuando un balazo le echa por tierra, privándole de sentido.

Tradicional fué en los regimientos tener perros que servían para entretenir los ocios del cuartel. Eran los perros voluntarios, los que por instinto se unían á los soldados, alimentándose con las sobras del rancho, y yendo en su compañía constantemente. Las artes de la guerra han decidido que las inclinaciones del can á la vida militar, sean provechosas mediante una adecuada instrucción. En Alemania y en Francia, como queda dicho, se adiestra á los perros para utilizarlos como exploradores sanitarios y como vigilantes de campamentos.

Si no tuviese otros títulos, con éste solo poseería el perro los suficientes para merecer el aprecio de los hombres, porque acaso más que ellos, tiene la inclinación al sacrificio.

El perro, que en la guerra tan bien y tan útilmente se comporta, es el mismo que en la ciudad defiende á los niños y en los campos preserva los ganados contra los ataques de las alimañas. Es el guardador de la hacienda para los ricos, el compañero efusivo de los pobres, el lazareño del ciego, el guía del caminante extraviado en los desfiladeros que oculta la nieve y el que se arroja al agua para salvar á quien está á punto de ahogarse.

Tan generoso es el perro, que cuando acompaña al amo en sus espaciamientos, le sirve sin egoísmo. Al cazador, le auxilia eficacísimamente y sin embargo no suele regalarse con la carne de la caza; cuando más obtiene como premio el roer los huesos. Alabemos, pues, al can que en paz y en guerra nos quiere y nos ayuda y bendigamos a la Sabiduría que privó al simpático animal del divino atributo de la palabra.

Porque si hablases los perros que á estas horas están en la guerra ¡qué de cosas dirían! Si ellos supiesen comparar su proceder con los hombres y el de éstos con sus semejantes, ¿dónde habría palabras bastante crueles, expresiones suficientemente airadas para condenar el egoísmo bárbaro, el impetu brutal, la codicia maldita que ha encendido en pleno siglo xx la lucha más tremenda del mundo?

Si, glorifiquemos á Dios, que puso en el perro instintos generosos, fidelidad inextinguible para servir al hombre y le negó cualidades que ahora parecerían remordimiento á la especie humana. Y como ninguna acción buena es estéril, de todo eso que cuentan las crónicas belicosas favorable para la raza canina, deduzcamos algo útil para la nuestra. Hombre que te llamas rey de la creación, ser inteligente, orgullo de la tierra, ahora que te has lanzado á la sanguinaria empresa de ir destruyendo vidas y arrasando pueblos, ¿no podrías, acordándote un poco del perro, que es un animal, imitarle en sus instintos filantrópicos?

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



Perro auxiliar de una compañía de Tiradores ingleses



Vista del palacio de Freudenstadt



Castillo de Lichtenstein

DEL PAÍS GERMÁNICO

País de ensueño! País de leyenda! Es difícil que en las muchedumbres españolas pueda existir una plena concepción del espíritu y de la naturaleza de Germania, cuyo idioma no tiene relación ninguna con los nuestros, cuya historia se desenvuelve a través de los siglos, con leves aproximaciones y coincidencias con nuestra historia... Para los más, Germania sólo se concibe como un enorme hormigüero humano que huriona en las minas y labora en las fábricas. Allí, en la patria de Carlos Marx, se cumple el ideal de la esclavitud moderna: el hombre amarrado al jornal, como con un grillete. Para otros Germania no es más que una máquina de guerra; la nación entera está montada como el mecanismo de un inmenso cañón; el ciudadano no existe, vive esclavo de la bota de montar y del chafarote, como dicen nuestros oradores en los mítines. El militarismo, el pretorianismo realizan su ideal en Alemania. Algunos, más cultos, sin dejar de creer en aquellas abyecciones, creen que Alemania es un pentágrama donde Wagner hace las más extraordinarias cabriolas y donde los Maestros Cantores de Nuremberg son el símbolo de toda una nación. Ya éstos atisban que en el fondo del alma ruda germana hay una deleitabil poesía de tradición y de leyenda... ¡Raza ancestral que viene íntegra de los tiempos ignorados, conserva el oro de su mitología!



Plaza del palacio de Stuttgart

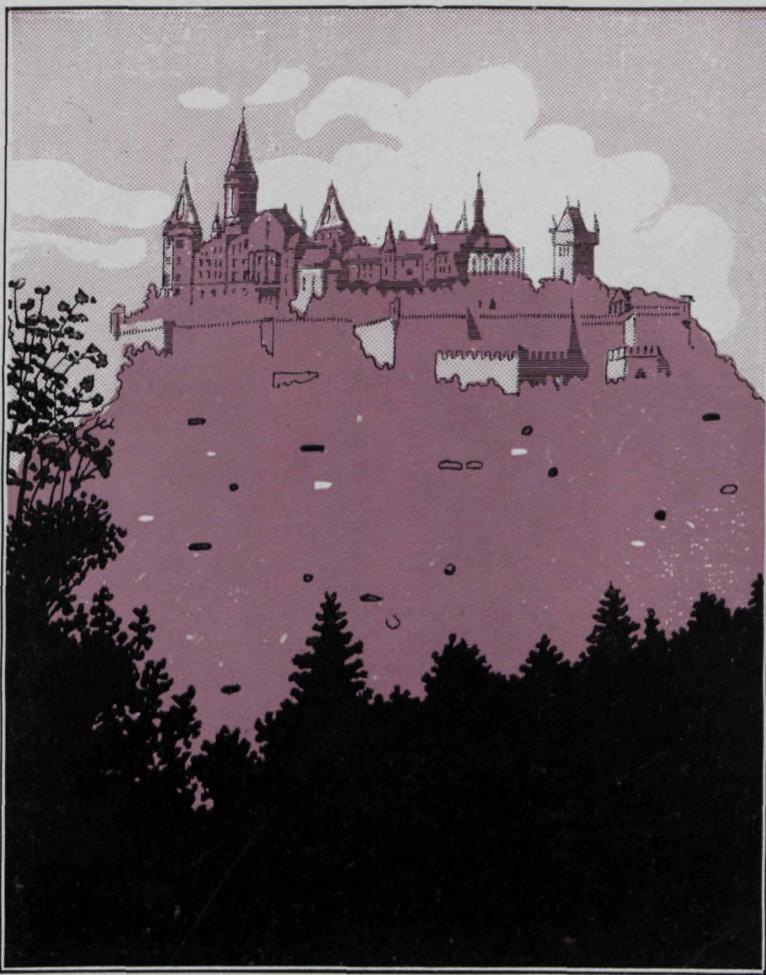
Son pocos los que viajando leyendo han podido formarse una idea completa del alma germana. Para éstos la concepción de que hay allí una tierra fecunda donde todos los ideales germinan, arraigan y florecen no es tampoco fácil, sino obra de intensa cultura, porque precisamente en su complejidad está el misterio del espíritu germano. Si olvidáis las tribulaciones de su espíritu religioso que encarna Lutero, o las rebeldías de músculos que supone la sistematización económica de Carlos Marx, o las osadías utilitarias de Nietzsche; si olvidáis a sus poetas y a sus músicos, no concebiréis al industrial que crea inmensas riquezas fabricando baratijas, ni al comerciante peregrino que recorre el mundo recogiendo las monedas de cobre de todas las naciones para crear el caudal de oro de su nación.

Así, también, si olvidáis que hubo una Germania feudal, no comprenderéis cómo se mantienen enhiestos, en altos picachos, los castillos que parecen atalayar al enemigo, con sus cuestas escarpadas, sus puentes levadizos, sus almenas. Allí la fortaleza de los Hohenzollern, sobre la tierra secular de la familia que ha llegado a ceñir la corona imperial; allí la fantástica visión de Lichtenstein, como una resurrección de la Edad Media; allí las altas cúpulas de Freudenstadt...

Es una arquitectura de renovación y de conservación al mismo tiempo. Esta precisa-

mentz parece ser su nota característica, porque el espíritu germano se refleja en las piedras de sus obras arquitectónicas, como en un espejo. La visión gótica que aguza las torres de sus catedrales para acercarlas más al cielo parezca alejarse en todos los monumentos de Alemania.

Es esa visión gótica que desde la segunda mitad del siglo xii, pesa sobre los arquitectos de la raza, aún no liberados enteramente de la influencia románica, y que en el arte ojival produce la maravilla de la catedral de Colonia y esa serie de mansiones señoriales que bordean el histórico río en donde la codicia del Nibelungo desencadenó el Mal sobre la tierra; sobre la tierra, que era feliz porque no conocía el oro, el funesto metal celosamente oculto por las hijas del Rhin... ¿Y no véis en el poderoso símbolo de la leyenda teutónica, perpetuada en un monumento indestructible por el genio del más grande de los músicos dramáticos, en esa prócer *Tetralogía* wagneriana, como la profecía gigante del horrendo drama que cubre de sangre, de duelo sin fin, de lágrimas y de fúnebres crespones á Europa? Porque, ¿qué es en suma la guerra, que devasta y aniquila ahora á las naciones más florecientes del viejo mundo, sino la realización de la triste leyenda nibelungica? Es, en efecto, el anhelo de dominio universal, la posesión del aureo anillo, engendrador de riquezas infinitas, lo que se disputan los hombres á cañazos, como fueron en los tiempos fabulosos dioses, gigantes



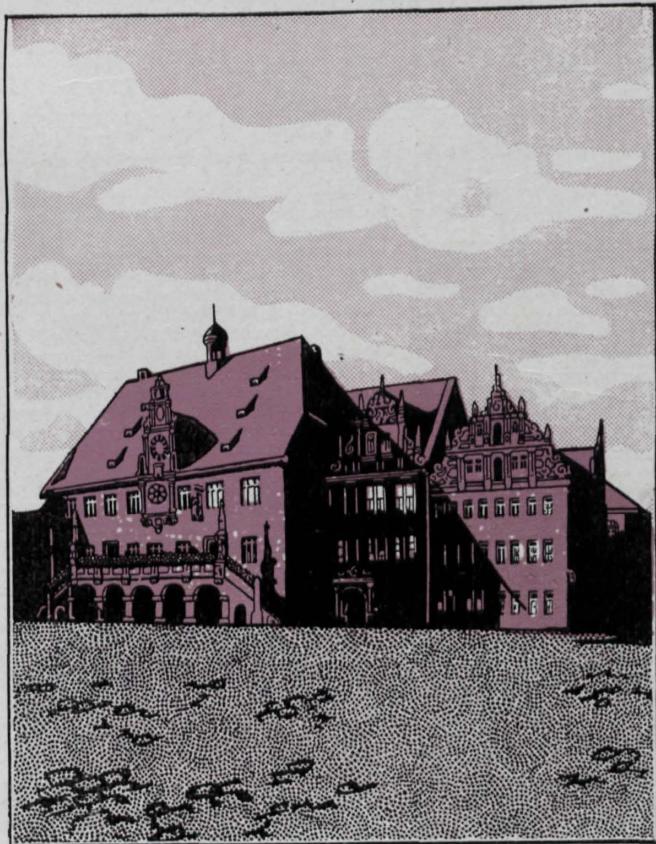
Fortaleza de Hohenzollern

y enanos quienes luchaban por la supremacía universal, sin sospechar que no es la Fuerza, ni el oro, generador de la Fuerza, ni el Egoísmo, lo que ha de dar la felicidad á los humanos, sino el Amor, el desinterés y el Altruismo. ***

Y para que la profecía se realice plenamente, he ahí cómo es del Rhin legendario, sobre cuyas aguas cristalinas y plácidas vienen reflejándose esas agujas góticas que se elevan al Cielo como la profesión de fe de un pueblo eminentemente espiritualista y romántico, soñador y poeta, es de donde parecen haber surgido la discordia, la tristeza y la destrucción, triste cortejo del ambicioso Alberico, del gnomo que renunció y maldijo al Amor á cambio de la riqueza y el poder.

Es una curiosa coincidencia á señalar en estos momentos á todo hombre reflexivo, como lo es el dualismo psicológico, un poco desconcertante, de la raza germana, de esta raza que se bate por los azules ojos de la Gretchen rubia y virginal, que recita á Heine en las noches de luna, sobre las aguas del lago dormido, que canta los lieder de Schubert y Schumann y que envía sus viajantes á las cinco partes del planeta.

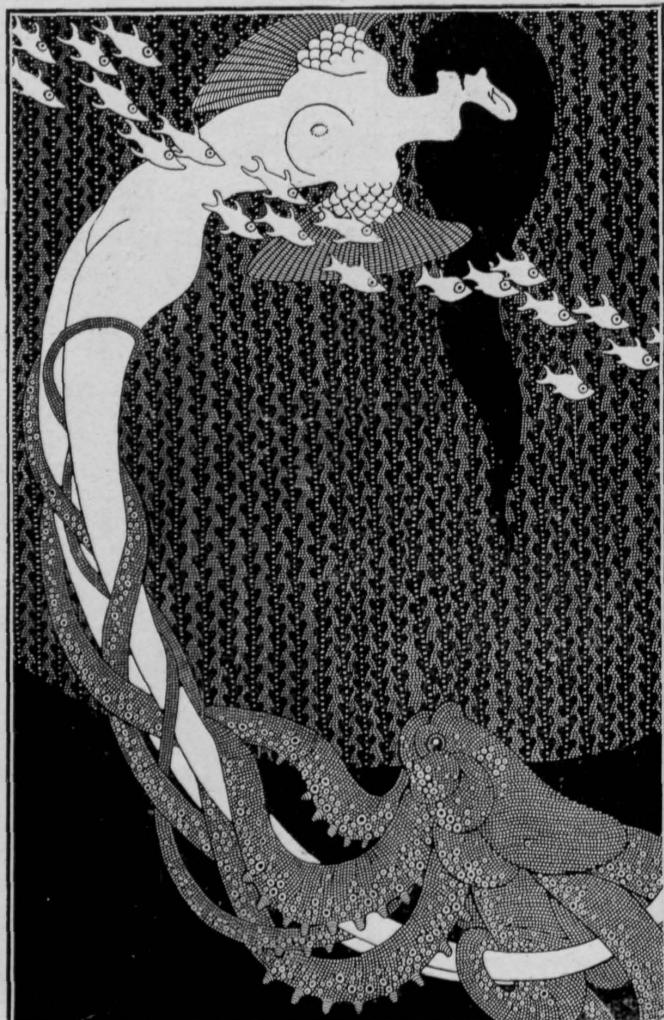
Se quiere avanzar, se quiere ser moderno, se quiere renovar, pero una añoranza de la vieja poesía que duerme encantada en el fondo de la raza, contiene á los artistas y les inspira con los reflejos del pasado. Poreso, el espíritu latino, que es todo sencillez y todo arrebato de inspiración, no acabará nunca de comprender estas obras del complejo espíritu teutón.



Congreso de los diputados de Heilbronn



Catedral de Ulm



LOS MODERNOS DIBUJANTES ALEMANES

JULIUS KLINGER

Hay algo que caracteriza, que acusa de un modo claro y afirmativo el arte de los modernos dibujantes alemanes. Es la simplificación, la espiritualización de la línea. Sintetizan de un modo pasmoso y dan una sensación de seguridad que parece grácil, quebradiza y que sin embargo, es profunda. Esta elección de las líneas únicamente precisas, este don de ver esquemáticamente los seres y las cosas no es alemán, naturalmente. Siempre que intentamos asomarnos al arte contemporáneo pasará ante nuestros ojos un genial y bellísimo desfile de figuras y paisajes japoneses.

Pero los alemanes no suelen confesar sus influencias aun cuando estas influencias les consigan un triunfo de imposición estética sobre los artistas de otra raza y de otro pueblo. Así, pues, veremos que los dibujantes alemanes influyen ahora sobre los de otros países. No sólo en cuanto a la técnica simplificativa, no sólo en sus sátiras nobles, puras, contra el imperialismo, la burguesía y el pueblo grosero, ineducado, —que constituyen, precisamente, las vergüenzas del alma alemana y que precisamente son las que en la actual guerra exaltan los mismos dibujantes alemanes—sino también en los medios de propagación de esa técnica admirable y de esa aristocracia espiritual no menos digna de admiración.

El *Simplicissimus*, por ejemplo, es una norma de los modernos periódicos satíricos de todo el mundo. El *Jugend* no falta nunca en ningún estudio. Como antes, en el *Fliegende Blätter*, en esos dos semanarios se han formado y se han ratificado las más sólidas reputaciones contemporáneas.

Nada tan interesante como estudiar la

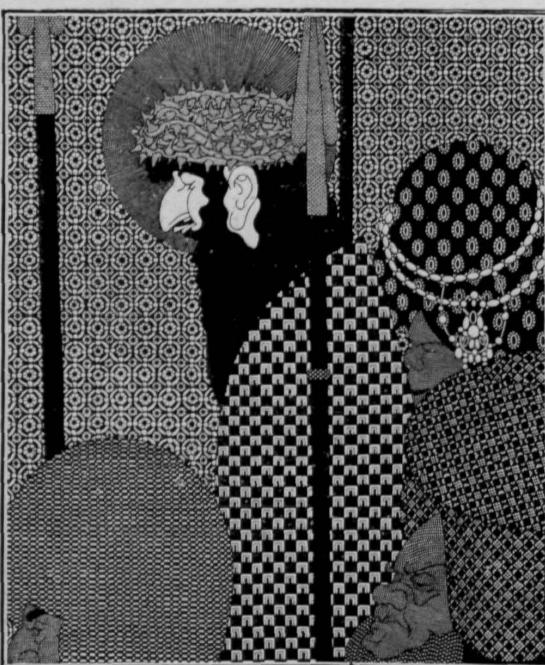
evolución de la moderna Alemania, en su constante antagonismo bávaro y prusiano a través de sus dibujantes.

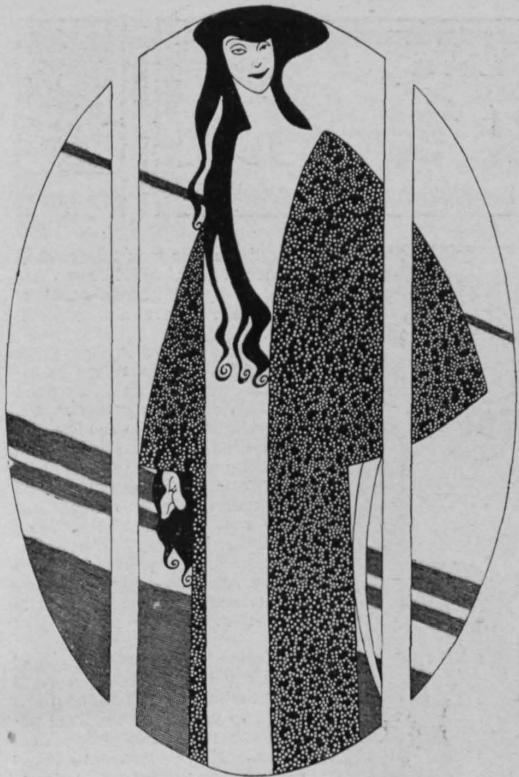
Entre las notas regocijadas, burlonamente plácidas de Wilhelm Busch y la fuerza agresiva de Tomás Teodoro Heine, existe una diferencia absoluta de procedimientos y de criterios. El germanismo tranquilo, bonachón—aquejado, indudablemente, de cierto holandismo adquirido durante su estancia en Amberes—de Wilhelm Busch, resalta en los ingenuos *herr and Gran Kopp* de la regocijadísima trilogía de Tobias Kuopp. La rebeldía fuerte, sana, de un espíritu refinado y progresivo que representa Teodoro Heine, está palpitante en sus «Cuadros de la vida familiar» y, sobre todo, en su valiente y generosa serie de caricaturas anti-imperialistas y anti-militaristas que le valieron seis meses de prisión en la fortaleza de Königstein por 22 delitos de lesa majestad.

Idéntica diferencia existe entre las fantasías de los Oberlander, Hengeler, Harburger, Scheltingen, Reinicke y otros dibujantes de la primera época del *Fliegende* y cualquiera de los modernos, Bruno Paul o Wilke, por ejemplo, que tan encarnizados enemigos han sido de la pedantería intelectual y de la brutalidad militarista que envenena las Universidades y los cuarteles germánicos.

Pero el antagonismo más representativo de las ideologías y de las dos técnicas de los dibujantes de ayer y de los contemporáneos, lo vemos claramente definido en dos artistas como Adolfo Menzel y Max Klinger.

Adolfo Menzel, el hombre chiquitín, de las gafas enormes y del carácter rabiioso, sólo se preocupó, durante su vida, de do-





minar su mano y de manejar la pluma con una maestría y minuciosidad admirables. Dibujaba episodios heroicos y fantásticos; escenas militares y cuentos de hadas. Eran dibujos sin trascendencia, incapaces de sugerir la menor inquietud psicológica más que á los niños que creen todavía en las hadas y juegan á los soldaditos... Podrían ser un gozo de la vista; pero no causaban el menor placer intelectual estos dibujos del hombrecito rabioso, de las gafas enormes y la enorme chisera. Sus líneas sabias, pero ingenuas, eran compatibles con la digestión de las salchichas.

En cambio, Max Klinger—que no tiene la menor relación con Julio Klinger—representa el arte que sus enemigos llaman «demasiado literario». Es un hijo espiritual de Böcklin. Para comprenderle, para amarle, hace falta una más sutil sensibilidad, una más educada depuración estética que para ver los dibujos de Menzel. No habla de pomposas mentiras; se asocia en profundas verdades. No se conforma con ser un deleite de los ojos; escarba en las almas. Sus cuadros, sus aguas fuertes, responden siempre á una aspiración idealista ó á una imprecación de rebeldía. Y no obstante pocos dibujantes alcanzarán la maestría ornamental y decorativa que alcanza él en dibujos como los de la serie «El Amor y Psiquis», expuesta en el salón de Estampas de Dresde...

Actualmente existe en Alemania un grueso y admirabilísimo de dibujantes. Inútil es decir que, hijos de su siglo, están más cerca de Max Klinger que de Menzel. Tienen la conciencia de su misión y saben que el artista ha de ser siempre un educador y un renovador de multitudes.

Poco á poco, hablaremos de los más importantes: de Heine, Gulbranson, Paul, Wilke, Hoppen, Thöny, Karl Hofer, Díez, Frischer, Hegenbart, etc.

Hablemos hoy de Julio Klinger.

Julio Klinger, aunque austriaco de nacimiento, es alemán por educación, temperamento y simpatías. Su reputación definitiva la ha conseguido en Berlín, donde reside hace más de quince años y siempre que se citan los modernos dibujantes alemanes salta su nombre entre los primeros.

Los comienzos artísticos de Klinger no pueden ser más curiosos. Hijo de una modista vienesa muy notable, se ejercitó du-

rante su mocedad en dibujar figurines para las creaciones de su madre.

No le producía, sin embargo, bastante para vivir esta clase de trabajos y empezó la carrera de ingeniero electrotécnico, para abandonarla en seguida y entrar como escribe en una casa de comercio.

En casi toda vida de artista contemporáneo, encontraremos unos años terribles, dolorosos, de idéntica abdicación de ideales, de parecida sumisión á un medio estéril y enemigo de su arte, hasta que un día, bruscamente, el artista se rebela contra el ambiente y busca de nuevo la verdadera senda. Esta senda empezó para Klinger en la revista *Wiener Mode*—La moda de Viena—donde volvió á dibujar figurines un poco arbitrarios, pero ennoblecidos por esta exquisita distinción, esta armoniosa elegancia estilizada que caracterizan los dibujos de Klinger.

Kolo Moser, que entonces trabajaba también en *Wiener Mode*, fué un compañero, un orientador excelente para Klinger y cuando comprendió que tenía derecho á más rotundos y halagadores triunfos, le impulsó hacia Alemania.

Primero Munich,—el más artístico centro de la vida alemana—luego Berlín, ampliaron su



campo de acción. Los triunfos sólidos, estables, no tardaron en llegar y hoy día Klinger sonríe satisfecho.

La sensación de minuciosidad, de paciencia meticulosa, de estudio de distintas «vibraciones de tono», armonizadas en un conjunto agradable, que causan los dibujos de Klinger, nos orientan en seguida hacia sus preferencias estéticas.

Las huellas de Klimt, de Somoff, de Beardsley sobre todo, son innegables. Como estos grandes artistas, Klinger no necesita más tonos que el negro y el blanco para conseguir extraordinarias fantasías de color y de ornamentación.

Extraordinaria riqueza decorativa informa todos sus dibujos. Llega tan pronto á simplificaciones, que recuerdan á los japoneses, como se detiene en lentes y paciencias desarrollos de un mismo motivo, que evoca en seguida la visión de una tela ó el trabajo de un orfebre.

No obstante, también emplea el color con mucha fortuna. Varias veces han gritado sobre los muros de edificios berlineses sus carteles constituidos con diminutos —y siempre armónicos— elementos geométricos, como fondos de figuras recortadas y simplificadas en brusco contraste de esos fondos.

Esta fusión de procedimientos, de técnicas distintas, parece causarle un regocijado placer á Klinger. Se adivina en el modo de dibujar el gozo de su arte.

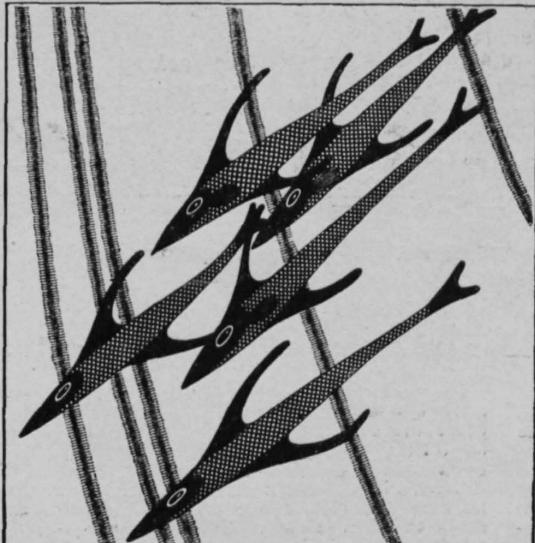
Y siempre en sus álbumes de modas, en sus caricaturas, en sus carteles, en sus carteles para tapices, lo mismo que en sus dibujos para fábricas de paños y de papel—pues no ha de olvidarse que Klinger comprende y aprovecha la lógica relación del arte y la industria en nuestra época—veremos, lo que no puede conquistarse tan fácilmente: un irreprochable buen gusto y una inagotable riqueza imaginativa.

La guerra ha desviado un poco los motivos de inspiración de Julio Klinger.

Como todos sus compañeros de Alemania y de otras naciones, Klinger ha procurado auxiliar con sus lápices la labor destructora de los compatriotas armados de espadas, fusiles y ametralladoras.

Sin embargo, este Klinger de pretensiones patrióticas, de rabioso y envenenado odio á los enemigos de Alemania, me parece mucho menos interesante que el otro de las admirables composiciones geométricas.

SILVIO LAGO



CUENTOS ESPAÑOLES

Una noche bajo "El Terror"

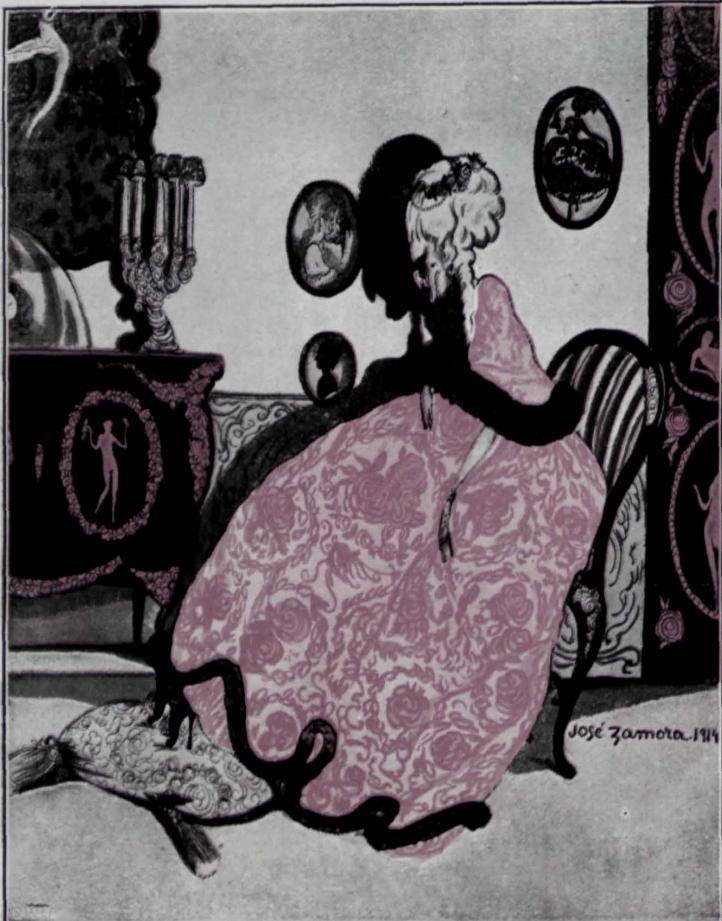
La ciudad tenía el encanto arcaico, un poco convencional, de esos grabados que se encuentran entre las páginas de los libros del siglo XVIII, viejas plazas ó jardines, trazados por Lenôtre, que atraviesa pomposa carroza arrastrada por seis briosoos caballos empennados de plumas y enjaezados de terciopelo recamado de oro. Había un jardín lleno de parterres y de umbrías, que eran Pafos y Citeráas, en cuyas aureas verjas campaban en escudos azules, rematados por cerradas coronas, las regias lises doradas de los Borbones; había una plaza planeada por Mansard, que con sus columnas neoclásicas y sus frisos y montantes, llenos de vagas alegorías, recordaba la armónica severidad de la plaza Vendome de París; había calles que tenían nombres llenos de candorosa poesía — calle de la Blanca Flor, del Bello Donzel, de las Dos Palomas y del Buen Amigo, — había...

Pero lo que me encantaba más que las viejas calles, llenas de arcaico aroma y los borbonescos jardines, era la plaza en que se alzaba el palacio de los Rohan. Más que plaza era un jardín lleno de paganas estatuas y de grandes jarrones festejados de marmóreas guirnaldas de flores y frutas, cerrado por alta verja de hierro cargada de frívolos emblemas, flanqueado por dos amazacotados edificios — caballerizas ó dependencias en otros tiempos — y teniendo por telón de fondo la suprema elegancia del palacio cardenalicio. En la fachada de lo que fué residencia del galante Prelado, ostentábanse las armas principescas, bajo el romano sombrero y la cerrada corona. Nobles columnas daban severidad y armonía al conjunto en que era una nota frívola el alto relieve donde Diosas y Amores se entregaban á sus juegos.

Retenido en la ciudad por la guerra que no me había permitido proseguir mi viaje hacia el sanatorio suizo, donde mis nervios sacudidos por la neurastenia habían de encontrar reposo, permane enamorado de la noche, gustaba como siempre de vagar por callejuelas laberínticas, soñar en los olvidados jardines y detenerme en las plazas desiertas á contemplar la luna. Convertido el palacio, por obra y gracia de la República, en Museo de la Revolución donde se guardaban trajes, muebles, armas y hasta una guillotina, profanado durante el día por el ir y venir de turistas y empleados, cobraba á las altas horas de la noche un prestigio de evocación.

El palacio del Cardenal Príncipe de Rohan! El solo nombre me hacía evocar la corte ideal que en un paso de minué resbaló hasta la guillotina. Pero no visía con la rígida frialdad de la Historia, sino buceando en las almas, buscando el misterioso por qué de las cosas. Y siempre la corte galante del gran patinadero de Versalles, de las artificiosas praderas del Trianón, llenas de corderillos lazados de rosa y de pastoras con chapines de raso, de la Galería de los Espejos y del Juego del Rey; la corte de las obscuras intrigas, la del Collar de la Reina y los artificios de Juana de la Motte Valois, la de la cubeta de Messmer y los sospechosos experimentos de Cagliostro, reaparecía ante mí.

Vagaba yo una noche, como de costumbre, en busca de lo imprevisto, cuando mis pasos, sin saber cómo, me llevaron ante el palacio. La noche era clara, serena; en el cielo azul, muy oscuro, temblaban las estrellas, brillaba la luna con



su magia de plata. En el prestigio de la claridad lunar el palacio y el jardín tenían la vaga belleza de una evocación. Sobre los sombríos parterres las estatuas erguíanse en pasos inverosímiles, con el pagano impudor de sus desnudeces de mármol, y las fuentes imitaban el susurrar de las voces que en los bosques del Trianón, suspiraban endechas de amor. Sentí vehementísamente, la tentación de entrar en el jardín y aspirar el malsano encanto que, con el aroma, conservaba el veneno del pasado. Busqué, intíntamente, un hueco por donde entrar y no lo halle; pero en mis exploraciones vi algo que en pleno día había pasado inadvertido para mí. Era, un á modo de callejón ó pasadizo que se abría entre el edificio que formaba el ala derecha y unos viejos caserones, indudablemente del tiempo del palacio. No había en él farol, ni luz ninguna, y como la luna no podía filtrarse entre los altos muros, formaba un boquete sombrío, lleno de inquietante misterio. Sentí atraido por él, y sin encenderme á Dios ni al diablo, internéme resueltamente.

Debía aquello haber sido en otro tiempo entrada para uso de la servidumbre, pues iba estrechándose para abocar á una puertecilla de cristales. Contemplábalo yo curiosamente, cuando vi brillar una lucecita mortecina tras de los gruesos vidrios.

Atraido por el misterio de aquella claridad, me aproximé y miré dentro. Estuve á punto de lanzar un grito, é instintivamente, retrocedí un paso. Al través de los espesos vidrios de cuarterones, un espectáculo extraño se ofrecía á mis ojos. En una reducida estancia, con honores de antesaña, había una mujer. El fondo era inquietante; techo abovedado, paredes ennegrecidas por la humedad y en torno á ellas viejas banquetas, de laca blanca, con almohadones de terciopelo azul. La luz de un velón, pendiente del te-

cho, hacía aun más temeroso el ambiente. Pero si el fondo era raro, la figura que sobre él se destacaba, superáballo con creces.

¡Aquella mujer! Prolongación caricaturesca de una vida de frivolidad, figura de un viejo museo de feria rico en muñecos de cera, sangrientos sarcasmo de la belleza y la elegancia, macabra irrisión, Lamballe de pesadilla... ¡La Princesa de Lamballe! Justamente! La figura alucinante y ridícula que tenía ante mí era la Princesa de Lamballe, la amiga de Marie Antoinette, la que jugó con ella á Filis y Amarilis en las praderas del Trianón, la que lloró en la guillotina.

Alucinado, hipnotizado por el horor y la curiosidad, volví á mirar. Alta, esquelética, envuelta en galas del siglo XVIII, unas galas de museo, marchitas y desvahidas, el busto encorvado, muy estrecho de hombros, envuelto en un chal de tejido de plata, aun más viejo y desvahido que el resto, destacábase la cabeza con todo el espanto de esos trofeos que pasearon los *sans-culotte* en la punta de sus picas. Demacrado, cadáverico, la piel como viscosa pergamino se arrugaba en torno de la boca sin dientes y de los ojos hundidos, negros y relucientes como carbunclos, mientras la nariz ganchuda parodiaba el pico de un ave de rapiña. Y sobre aquel rostro de vieja muerta, los labios pintados de bermejón y dos cínicos rosetones, ponían una máscara irónica de coqueta casquivana. Completaba la figura, altísima peluca blanca, coronada de marchitas rosas de tra-

po. Petrificado, meciéndome entre la razón y la locura, me preguntaba yo si vivía realmente ó si vagaba por los terrenos de la pesadilla, cuando la figura alucinante volvióse hacia mí, y después de un movimiento de temor esquivo, un gesto de enamorada que ve al fin llegar el objeto de su amor. Entonces no paré de correr hasta el hotel.

Y sin embargo, volví. Todos mis propósitos del día, todo el acopio de serenidad y buen sentido, hecho á plena luz, evaporáronse apenas llegaron las tinieblas nocturnas. Inútil que me repitiese una y otra vez que con aquellas correñas no hacia sino exacerbar mi neurastenia, inútil que lo achacase todo á fantasmagorías de mis nervios sobreexcitados, una fuerza más poderosa que mi menguada voluntad me arrastraba hacia el viejo palacio, donde vivía aquel misterio. Al fin, la atracción pudo más que yo, y al filo de la media noche, me encaminé á la antigua residencia de los Rohan. Como la noche antes, la luna, madre de la brujería y de la locura, paseaba su traje de brumas y su corona de ópalos por el firmamento espolvoreado de oro; como la noche antes, también los dioses de mármol dormían en el recato de las frondas y las fuentes salmodiaban brujerías. Al extremo del callejón brillaba la lucecita, y decidido á todo, avancé resueltamente.

Ahora la figura alucinante asomaba su carátula, de burlesca tragedia, por los acusados vidrios y apenas me divisó, la mano sarmentosa, cargada de viejas sortijas de *ensaladilla*, enmitonada de seda, con los puños prisioneros en brazalete de negro terciopelo, enriquecidos con miniaturas, hizo un gesto de llamamiento, agitando un pañuelo de encajes.

La puerta, como en los ensueños del opio, abrióse sin ruido, sentí que una mano glacial,

huesuda y áspera, cogía mi mano y tiraba de mí, y halléme en un recinto húmedo y frío en que reina violento olor de humedad.

—Señora... —balbuceé.

Pero la incógnita se inclinó á mi oido y, mientras, llevándose un dedo á los labios, iniciaba una imperación de silencio, murmuró con voz cascada:

—¡Cuidado! La Reina está hablando con el Cardenal-Príncipe.

No pude contener un gesto de asombro, y entonces ella, bajando aun el tono y hablando siempre con la voz rota, burbujeante, explicó:

—Hace mal ¿verdad? Pero qué queréis... el asunto del collar...

Y como creyese leer en mí cierto desencanto, animó:

—¡Bah! Acabarás pronto. Todo son intrigas de esa infame de Juana de la Motte Valois, pero el Cardenal no la interesa... —y añadió con una sonrisa de *preciosa*, en que mostraba las desmanteladas encías: —Si fuese el caballero de Fersen... —Y á otro gesto mío, que ella interpretó como de reprobación, insistió: —Sí, hace mal; pero es joven y el Rey no se ocupa más que de sus relojes... Claro, que ayer el caballero de Charny, hoy el conde de Fersen... Se compromete.... —Y frívola: —Mejor es ser como yo, que me basta con mi belleza.

Y soltando mí mano y apartándose un paso de mí, esquivó una reverencia que era casi un paso de minúscula. Después, abriendo una puerta y llamándome, metiéose en el salón contiguo.

Había en el vestíbulo del reino de Luis XVI, armas, muebles y un trineo reproducción del que se guarda en Versalles. Junto á él se detuvo mi guía.

—Hoy —explicó— hemos patinado en el estanque grande. La Reina ha ido en trineo, que empujaba el Caballero de Tavernay. Iba vestida de terciopelo azul con pieles de armiño y parecía contenta; pero ha flirteado demasiado y la Corte tendrá murmuración para unos días. Yo patino muy bien... Verá...

Y la figura de aquellar comenzó á deslizarse con gestos de una monería pueril. El pomposo traje de tejido argenfado con grandes ramos de rosas pálidas y desvanecidas, se hinchaba en exagerada campana; los bucles iban de un lado para otro y la alta peluca coronada de rosas se bamboleaba.

Pasó al cuarto siguiente y maquinalmente la seguí.

Era mayor que el anterior y contenía libros —viejos manuscritos miniados, obras impresas en gruesos caracteres con grabados en madera, autógrafos— mapas, esferas, estatuas, aparatos de física, retortas y aljambiques para uso de alquimistas en busca de la piedra filosofal. La dama se acercó á mí y con temeroso secreto murmuró á mi oido:

—¡Estamos en la cubeta de Mesmer!

Confieso que sentí un escalofrío recorremos las espaldas. ¡La cubeta de Mesmer! El extraño recinto en que, por rara fatalidad, se representaron las primeras escenas de la Revolución; el cubil donde la reina frívola y orgullosa fué, en uno sé qué envilecedoras promiscuidades, á interrogar al destino.

Pero mi extraña compañera parecía presa de un paroxismo de horror. Con grandes aspavientos de espanto daba vueltas en torno del hondo

recipiente de metal instalado en el centro de la estancia. De pronto, me llamó:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué espanto! ¡Qué espanto! ¡La cabeza de la Reina!

Si poderlo remediar me aproximé y mis cabelllos se erizaron mientras un hilo de hielo descendía por mis espaldas. ¡Allí, en el fondo de la redoma, se veía la truncada cabeza de Marie Antoinette!

...

Desde aquel momento perdí ya la noción de la realidad y viví unas horas en plena pesadilla. Llevado por mi esotérica compañera de sala en sala, viví con ella los episodios todos de la Revolución. Las crudezas de aquel atroz invierno; las grandes nevadas; el pueblo hambriento que iba á Versalles para pedir pan; el terror de la Corte sorprendida en los frívolos pasatiempos del Juego del Rey, en las obscuras peripeyas del asunto del collar y en las amorosas intrigas de Monseñor el Conde de Artois; la apertura del Parlamento; las turbas famélicas; la huida; la prisión; toda la espantosa odisea del Terror.

Mi compañera lloraba, gemía, se retorcía las manos, imploraba y amenazaba alternativamente pasando, como si en vez de estar en las salas de un Museo, viviésemos en los días trágicos, del

Renuncié al café frío por la larga espera, y cogiendo los periódicos, me puse á leer las últimas noticias de la guerra. Cansado, soñoliento aún, con esa sensación de inquietud que dejan las pesadillas, obsesionado por las horas vividas en el misterioso mundo del pasado, no encontraba fuerzas para concentrar mi atención en las peripecias de la campaña y mis ojos comenzaron á vagar distraídamente por el impresio, leyendo retozos de sucesos, cuando de pronto me detuve interesado, vivamente, ante un rótulo: «Tragedia Misteriosa».

Lef: «Una vulgar tragedia, uno de esos dramas vulgares que tienen sin embargo, todo el espanto de una narración de Poe, ha tenido lugar anóche en el antiguo palacio del famoso Cardenal de Rohan.

Sabido es que por acuerdo del Municipio, el soberbio edificio se ha convertido en Museo de la Revolución. Encargado de su custodia y vigilancia, hallábase un portero, persona honradísima, funcionario modelo. Con él habitaba su anciana madre, señora de más de ochenta años que padecía ataques de enajenación mental. El carácter leve de éstos hacia que la dejase en completa libertad.

Y llegamos al drama; habiendo tenido que ausentarse el portero por cuarenta y ocho ho-



orgullo á la cobardía. Súbitamente, se detuvo. ¡Estábamos ante la guillotina! Ahora la caricaturesca Princesa, imploraba misericordia, se humillaba, se hacía pequeña y miserable, pero todo inútil, la mano inexorable de su verdugo la obligaba á tenderse sobre el temeroso artefacto.

Y se ofreció á mis ojos grotesca, espantosa y alucinante, en el claro-oscuro de la inmensa estancia. Las sayas pomposas, marchitas y descoloridas se desbordaban del aparato de muerte; las manos sarmentosas se crispaban de horror mientras, sostenida por un cuello rugoso y descarriado la cabeza coronada por inmensa peluca, oscilaba sobre el cesto.

Maquinalmente tendí la mano y apreté el resorte. Brilló un relámpago azulado, resbaló silbando la cuchilla y la cabeza cayó tronchada.

...

Cuando desperté á la mañana siguiente, era muy tarde y el sol entraba á raudales por las ventanas abiertas de par en par. A mi lado estaba la bandeja con el desayuno y los periódicos.

ras, quedó sola la anciana. La primera noche nada de anormal se dió y tan sólo los empleados que hacen la limpieza, encontraron un ligero desorden en el vestuario antiguo que guarda el Museo; pero hoy al entrar hallaron todas las puertas abiertas de par en par y al llegar alarmados al salón de la guillotina, un cuadro espantoso se ofreció á sus ojos. Tendida sobre el terrible aparato, vestida de fantásticas galas agradas y polvorrientas, yacía la anciana ¡decapitada! Un hilo de sangre...

No pude leer más. De un salto me puse en pie. Los cabellos erizados, los ojos fuera de las órbitas, miré á todas partes buscando la solución del horrendo enigma. Súbitamente, me tambaleé y tuve que cogerme á un mueble para no caer.

¡Sobre uno de los puños de mi camisa que estaba tirada en una silla, brillaba como un rubí maldito una gota de sangre!!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Burdeos, 1915.

LA INVASIÓN RUSA EN HUNGRÍA



RETIRADA DE LOS AUSTRIACOS EN EL PASO DEL UZSOK, ANTE EL AVANCE DE LA CABALLERÍA RUSA, SEGÚN APUNTES DEL DIBUJANTE INGLÉS F. MATANIA

MARTES

DORMITORIO elegante, blanco y verde. Son las doce y diez minutos de la mañana. Día de invierno.

Don Andrés.—(Desde la cama, á su criado.) Descorre un poco las cortinas del primer balcón. Eugenio, —¿Están bien así? (El gabinete se llena de luz).

D. AND.—Sí.

Eug.—El señor almuerza hoy en casa?

D. AND.—No lo sé; ya veremos.

Eugenio hace muisis. Don Andrés se incorpora en su lecho, adopta la actitud cómoda del bañista que toma el sol tendido en la arena, y se dispone á leer una carta que acaba de recibir. Sus ojos relucen de alegría. La misiva huele á perfumes caros. Dice:

«¿Quiere usted almorzar con Juanita y commigo, mañana martes, en mi casa? Haga usted, por una vez, el sacrificio de madrugar, y venga. Suponemos que lo aciago del día no le impedirá ser exacto. Le esperamos á las dos; imposible más tarde porque á las tres tenemos ensayo. Al fin, La botella de tinta se estrena el jueves; quiero que sea usted el primero en conocer el traje que luciré esa noche; acaban de traérmelo; es precioso; un sueño. Su amiguisima, Pilar Cin.»

Don Andrés sonríe, enoja los párpados con la fruición del bebedor que degusta un vino añejo, se lleva la carta á los labios y piensa que en aquel papel algo habrán dejado de su aroma y de su calor los dedos de la actriz. Apoya un timbre.

Eug.—(Entra en el dormitorio y encuentra al señor acostado boca abajo y con la camiseta arrrollada al cuello.) ¿Cómo, el señor va á levantarse ya?

D. AND.—(Responde, la boca apoyada contra el colchón; su voz parece venir del centro de la tierra.) Sí, hoy madrugo; dame la fricción.

Eug.—(Malicioso.) ¿Una buena fricción?

D. AND.—Una fricción maestra.

Eugenio coge un guante de crín y la botella del agua de Colonia y el masaje comienza. Eugenio es un gallego ancho y forzudo; está en mangas de camisa y tiene un chaleco amarillo á rayas negras. En su mano derecha el guante de crín rasca como un cepillo de carpintero.

Eug.—El señor no podrá quejarse; me parece que aprieto bien.

D. AND.—(Que siente la angustia de hallarse bajo una máquina apisonadora.) ¡No seas animal! Aprietas demasiado. Ve más despacio. ¿Qué tal tiempo hace?

Eug.—Malo.

D. AND.—¿Llueve?

Eug.—Ahora, no; señor; pero esta mañana ha llovido mucho; están las calles perdidas.

D. AND.—(Dando media vuelta.) ¡Ay, ay!... Estate quieto porque vas á dejarme la espalda en carne viva. ¡Despacha pronto! Dame un pitjama.

Eug.—Vamos: el señor no almuerza aquí.

D. AND.—En efecto.

Eug.—(Con la confianza amistosa que inspiran sus criados los solterones alegres.) Apostaría á que una señora le invita á almorzar.

D. AND.—(Vanidoso.) Así es. Dí, Eugenio: ¿tú crees que puedo todavía gustar á las mujeres?

Eug.—Estoy cierto de que el señor es uno de los hombres más agradables de Madrid.



D. AND.—(Suspirando.) ¡Lo he sido, lo he sido!... Pero ya tengo cincuenta y nueve años.

Eug.—El señor no representa ni cuarenta.

D. AND.—¡Ay, malo! He metido el pie derecho en la zapatilla izquierda. Eso trae mala sombra...

Eug.—Así dicen.

D. AND.—¿Lo dicen, verdad?... ¡Caramba, y cuando el río suena!... Por añadidura, hoy es martes...

Eug.—No soy supersticioso; todos los días son buenos y son malos; según...

D. AND.—Eugenio, tú eres un hombre superior. Anda, prepárame el baño.

Eugenio se eclipsa. Don Andrés, al cruzar el



gabinete se detiene ante un armario de luna, acerca la cara al espejo, abre la boca cuanto puede y se examina las encías. Es alto y gordo y tiene una calva tan reluciente, que en el teatro llama la atención de los artistas. Usa bigote rubio. Ciertas manchitas formadas por una maraña de líneas rojas, sutilas como hebras de azafrán, le afean los pómulos. Los médicos le han dicho que aquello le proviene del hígado, y que debe abstenerse de tomar estimulantes y bebidas alcohólicas, pero él no hace caso.

Con grandes precauciones, Don Andrés levanta una cortina, y al cerciorarse de que los balcones de su despacho están cerrados, se acerca al teléfono y maneja el aparato. Pausa. Vibra un timbre.

D. AND.—Señorita... buenos días... ¿quiere usted ponerme en comunicación con el 414?

LA VOCECITA DEL TELÉFONO.—¿La tienda de flores de los señores de Rodríguez?

D. AND.—Sí, señorita.

LA VOCECITA DEL TELÉFONO.—Mucho ha madrugado usted hoy, Don Andrés.

D. AND.—(Exaltado.) ¡Ah! ¡Qué dulce sorpresa! ¿Es usted, Asunción?

LA VOCECITA DEL TELÉFONO.—La misma. ¿Va usted a regalar algún ramo de flores? ¿Se ha metido usted a pastor de zarzuela?

D. AND.—(Riendo.) Pensaba regalar un ramo, pero ahora regalaré dos. Espere usted el suyo antes de media hora. Pausa.

LA VOCECITA.—Muchas gracias, no se moleste usted.

D. AND.—¡Oh, no hablemos de eso! ¡Molestarle! Asunción...

LA VOCECITA.—Mande usted, Don Andrés.

D. AND.—¿Cuándo tendrá el gusto de verla?... ¿Quiere usted cenar conmigo esta noche?

LA VOCECITA.—(Evasiva.) ¿Usted pedía comunicarse con el 414?

D. AND.—(Precipitadamente.) Asunción, un momento... ¿Eh?... Oigame... ¡Asunción!...

Silencio. El timbre.

EL TELÉFONO.—(Voz de hombre) ¿Quién llama?

D. AND.—Es aquí; casa... de Don Andrés Villarín.

EL TELÉFONO.—¡Ah, muy bien!... A sus órdenes.

D. AND.—Envíen ustedes inmediatamente dos ramos de flores: uno, el mayor, á la señorita Cin... Pilar Cin... la actriz, calle de... ¿Ha comprendido?... Y otro á la señorita Asunción Pérez, en teléfonos. ¿Estamos?... ¡Pero enseguida! Necesito que sean entregados enseguida.

EL TELÉFONO.—Ahora mismo saldrán de aquí.

D. AND.—Perfectamente. (Cuelga el auricular.)

A la una y media de la tarde, Don Andrés sale de su casa, como vulgarmente se dice, «hecho un brazo de mer». Un enorme solitario en el meñique izquierdo; botas nuevecitas de charol; pantalón á cuadritos grises y negros; una gardenia en el ojal de la levita; guantes y polainas color de caña de Indias con puño de oro; todo muy ceñido y flamante. Sus servidores Eugenio y Francisco, le observan atónitos. Al portero también parece maravillarle la traza, excesivamente llamativa y juvenil «del señor».

El primer pensamiento de Don Andrés es tomar un coche, pero en el acto cambia de idea. Dentro del coche se le pude arrugar la levita y estropeársela el sombrero. Mejor ir á pie. Ha llovido y para mayor suiedad los mangueros se han puesto á regar. Pero no importa; el aire es tibio y hace sol.

El señor Villarín camina despacio y pulidamente. Piensa en Asunción, en Pilar Cin, y una voz secreta y aduladora le dice: «Todavía gatas, perillán». Se acerca al escaparate de un comercio, como para ver algo, y en el cristal se examina sus bigotes altivos, sus cabellos—plata y oro—ahuecados pulcramente detrás de las orejas. Sigue adelante, satisfecho. Las mujeres y los chiquillos le miran.

Pasa un automóvil á gran velocidad y Don Andrés recibe una innoble rociada de barro. El señor Villarín aprieta los puños y siente deseos de matar á alguien. Afortunadamente nadie ha visto su desgracia. Procura examinarse: varias gotas de cieno, semejantes á viruelas, afean la magnificencia negra de su levita; otra gota le cayó en el puño del bastón y le ha ensuciado el guante de la mano derecha. Don Andrés procura consolarse: «Esto—reflexiona—le sucede á cualquiera. Sin embargo me ha puesto de mal humor. Creo que luego, delante de Pilar, no voy á mostrarme tan occurrente ni tan espiritual como otras veces.»

Al llegar á una esquina producense alrededor

de Don Andrés una súbita conflagración de causas adversas: pasa un carro cargado, un automóvil se acerca á escape y sonando la bocina, dos perros se ponen á retozar sobre el barro, un manguero empieza á regar y el chorro del agua tiene de una acera á otra un arco de plata. Los transeúntes se arremolinan buscando los lugares más secos. Para salvar la limpia impecable de sus polainas, Don Andrés quiere deslizarse detrás de un ciclista; para conseguirlo da un salto, pero su bastón se le enreda entre las piernas, pierde el equilibrio, abre los brazos en una pirueta grotesca, y concluye acostándose cuan largo es sobre la acera. El bastón se le va de las manos. El sombrero se le escapa de la cabeza y sus «ocho reflejos» se apagan en el lodo. Don Andrés, que tiene un alma profundamente cristiana, dirige al cielo, desde la posición humildísima en que ha quedado, una mirada de impotencia y de rabia infinitas. «¡Señor!—murmura—¡Señor!...»

Varias personas caritativas acuden á levantále y sonríen.

LOS TRANSEÚNTES.—¿Se ha hecho usted daño?

D. AND.—No, señores; muchas gracias. No ha sido nada. El traje, únicamente...

UN TRANSEUNTE.—Eso, en cuanto esté seco, no se conoce...

D. AND.—(Como un eco.) No se conoce, gracias...

Recoge su sombrero, su caña de Indias y sal-

seguido, como Edipo, por la Fatalidad; se siente ridículo. La derrota y suicidio de su indumentaria, llaman la atención de los transeúntes. Pasa un coche vacío y don Andrés da al cochero las señas de su domicilio. ¡Al fin!... ¡Si le viese Villarín... si le viese Asunción!... El coche se detiene; don Andrés reconoce que ha llegado á su casa y echa pie á tierra.

D. AND.—(Al cochero.) Tome usted. (Le da un duro.)

EL COCHERO.—¿No lleva usted pesetas sueltas?

D. AND.—No.

EL COCHERO.—Porque yo no tengo cambio...

D. AND.—(Escapando.) Es igual, para tí todo.

El cochero ni siquiera le contesta; aquella inusitada generosidad le sorprende, y absorto examina el duro, temeroso de que sea falso. El señor Villarín cruza, con la rapidez de un cohete, por delante de la portería, sube la escalera á saltos y merced á su llavín entra en su casa sin llamar. Su primer cuidado es quitarle la levita, la aborrecible levita, cubierta de lodo. En el recibimiento hay dos perchas pequeñas. D. Andrés va á colgar su levita en la más próxima; pero al hacerlo, como su cabeza vacila, se apoya demasiado y la percha, que sin duda estaba mal clavada, cae al suelo. D. Andrés, delirando, balbucea: «¡Señor!... ¡Señor!...

En medio de su aturdimiento, la idea de lavarse le obsesiona, y se dirige al cuarto de baño. Al agarrarse al grifo, vacila, el grifo cede, gira



ta dentro de un coche. Sobre la acera se deja su gardenia, horriblemente manchada de barro; aquella gardenia que era para su levita como una primavera, como una juventud. Los curiosos le miran escapar, ríen, y la circulación un momento detenida se restablece.

El señor de Villarín ha dado al auriga las señas de su oficina. Desde allí telefoneará á Pilar diciéndole que le es imposible asistir al almuerzo, y telefoneará á Eugenio pidiéndole un traje. La aparición de don Andrés produce entre sus dependientes gran alarma; todos le rodean solícitos, él les refiere lo ocurrido y se encierra en su despacho. Luego les oye reír.

Don Andrés enciende un *susini* y empieza á escribir.

Al dejar la pluma, derrama el tintero; la tinta corre alegremente sobre la blancura del papel, y el señor Villarín, queriendo atajar la inundación, se ensucia las manos y luce la cara. Está completamente mareado. Sin despedirse de nadie, se marcha á la calle. Delante de la casa ve estacionado un coche. Don Andrés se precipita y abre la portezuela. Dentro del vehículo hay una señora. La señora lanza un chillido.

D. AND.—(Con la nariz y un ojo cubiertos de tinta.) Dispense usted...

El cochero le dice:

—Pero, entonces de qué sirve bajar el «jiquila»?...

Don Andrés comprende que, por segundos, su razón se apaga; se siente aislado, se siente per-

y el chorro de agua, en vez de caer dentro de la palangana, lo recibe el Sr. Villarín en la corbata. Vencido, D. Andrés renuncia á todo y se dirige á su alcoba: al pasar, derribará un jarrón, y pisará un *portier* que despomándose romperá varios juguetes. Ya en su alcoba, sin desnudarse, se acuesta y se tapa hasta la cabeza.

Largo silencio.

Eugenio y Francisco, que se creen solos, juegan al escondite. Eugenio, en mangas de camisa y con unos zorros en la mano, busca á su compañero.

EUG.—(En el comedor y hablando con acento gallego.) ¿Dónde te metes, maldito?

FRANC.—(Desde su escondrijo y falsoando la voz.) ¡Cú, cú!..

EUG.—(En el despacho.) Va á pesarte, malpocado, te lo juro.

FRANC.—(En otro tono.) ¡Cú, cú!..

EUG.—(Penetra en la alcoba de su amo y ve dibujarse una silueta humana bajo las mantas.) ¡Esta vez te pillé! (Levanta los zorros y con todas sus fuerzas los deja caer sobre las costillas del señor Villarín).

D. Andrés se incorpora, ve á su criado y no comprende nada de lo que sucede. Se acuerda de la *fettatura* del martes. Sus brazos se dirigen al Cielo, suplicantes.

D. AND.—¡Señor!.. ¡Señor!..

(Pierde el conocimiento).

DEL ARTE UNIVERSAL

PALABRAS DE LEONARDO DE VINCI



Monumento á Leonardo de Vinci en Milán

¡Divino espíritu el de Leonardo, solamente comparable en magnificencia, diversidad y fortaleza con el mar infinito en maravillas, actividades y armadas!

Emuló y par de otros dos semidioses del Renacimiento, lucha con ellos por imponer su nombre á su época y logra, como nuestro Cid, la victoria después de muerto, en duelo póstumo y secular. Y así como antes se decía indistintamente el siglo de Rafael, de Miguel Angel ó el de Vinci, empieza ya á decirse solamente el siglo de Leonardo.

El Tiempo, que tantas admiraciones y tantos afectos desmorona y desvanece, se muestra rendido paladín del portento toscano, y en vez de empañar y reducir la gloria del excelsa hijo de Vinci, cual hace implante con la de otros soberanos ingenios, parece deleitarse en ampliarla y esclarecerla con resplandores cada vez más encendidos y perdurables.

Con unión de creyentes, votamos hoy á los espíritus selectos unos fragmentos espilgados al azar, algunos traducidos por vez primera á nuestro idioma, de los manuscritos que legó aquél sobrehumano artífice. No pretendemos el acierto de haber escogido los mejores, la esencia de tan exclaro námen, empresa que nadie sensatamente osaría,

habiéndo de bucear en labor tan copiosa que de no haberse perdido gran parte, formaría, según confesó su autor, *doscientos veinte libros*.

Pretender con las líneas que de estos entresacamos dar una idea del genio literario y filosófico de Leonardo, sería, como ha dicho el excelsa Benavente al prologar su traducción del *Cuento de Amor* shakespeariano, proponerse enseñar lo que es el Océano mostrando unas gotas de sus aguas encerradas en una redoma...

Sean estos trozos—escogidos entre los más breves para que cundan más—como chispas de luz, cual estrellitas que orienten á modo de granos de incienso cuyo aroma atraiga á los devotos de lo bello, al templo de Leonardo, que no fué sólo, con ser mucho, como demasiados piensan, el sutil hacedor de *La Cena*, del *San Juan* de misticofélico semblante, al decir de Taine; de la *Gioconda*, *sagia e cortese nella sua grandeza*, como la llamó Francisco, cuando compró el famoso retrato en cuatro mil escudos de oro *por de pronto*; de la *Gioconda* á la que unos van según la frase de Michelet *comme l'oiseau va á la serpiente*, y otros, como á una hermana, encantados y no turbados; de la *Santa Ana* de expresión compleja y mirada enigmática; de aquél Leo-

nardo que descubriendo el claro obscuro, no sólo perfeccionó el arte pictórico, sino que comenzó la evolución de la ciencia moderna y fué á un tiempo y con rara maestría, escultor, arquitecto, ingeniero, mecánico, anatómico, filósofo y siempre ingenio superior y muy cultivado.

Leonardo, al lector

Viendo que no podía hallar una materia de grande utilidad y complacencia, puesto que los hombres nacidos antes que yo han tomado para sí todos los temas útiles y necesarios, haré como aquel que por pobreza llega el último á la feria y no pudiendo proveerse de otro modo, adquiere las cosas ya vistas por los demás y rehusadas por su poco valor.

○ En esta mercancía despreciada, y procedente de muchos puestos, invertiré mi escaso pecu-

lio y así iré no por las grandes ciudades, sino por las pobres aldeas distribuyendo y recibiendo el premio que merece la cosa que yo doy.

Teodicea

—Tú, joh Dios!, vendes todos los bienes á los hombres, al precio del esfuerzo.

—...Si tú no conoces á Dios, no sabrás amarle; si le amas por el bien que de él esperas, y no por su solemne virtud, imitas al perro que mueve la cola y festeja con sus botes á aquel que va á echarle un hueso...

—La mentira es tan despreciable, aun diciendo grandes cosas de Dios, que quita toda gracia á la divinidad...

Psicología

—El hombre tiene grande razonamiento, pero en su mayor parte vano y falso; los animales lo tienen mucho mejor, pero útil y verdadero, y más vale una pequeña certeza que un gran engaño.

—El peor error de los hombres está en sus opiniones.

—Todo hombre desea hacer fortuna para darla á los médicos, destructores de la vida...

—Los hombres son dotados, por los médicos, de enfermedades que ellos no conocían...

—No hay consejo tan leal como el que se da sobre un navío en peligro.

—Quien piensa poco se equivoca mucho.

Contra el Humanismo

—Las buenas letras son nacidas de un buen natural y como la causa es más digna que el efecto, un buen natural sin letras vale más que un letrado sin natural.

—Las plumas elevarán á los hombres como pájaros al cielo—por las letras escritas con las plumas.

Estética

—Pintarás la figura en tal acción que baste para demostrar lo que el personaje tiene en el alma; de lo contrario tu obra no será loable.

—El buen pintor ha de realizar dos cosas principales, á saber: el hombre y el concepto de su espíritu. Lo primero es fácil; lo segundo difícil, porque ha de figurarse con los gestos y el juego de los miembros; y ésto ha de ser aprendido de los mudos que lo hacen mejor que ningún otro hombre.

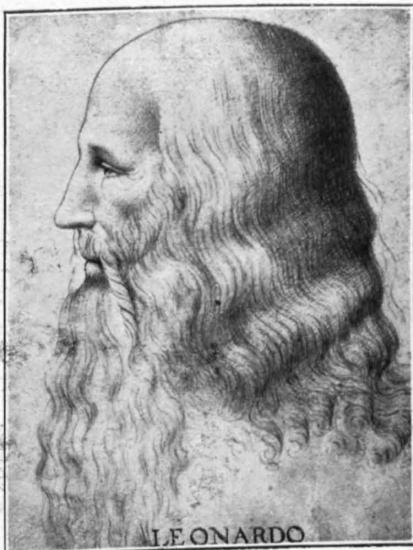
Bestiario

El tigre galopa con una velocidad sorprendente.

El cazador, cuando le quita sus cachorros, pone en su lugar espejos y parte rápido en un caballo ligero.

Cuando llega ante los espejos el tigre, se contempla en la luna y cree ver á sus hijos. Rascan-do con la garra acaba por descubrir el engaño, y valiéndose de su olfato persigue al cazador.

Este al divisar al tigre arroja un cachorro que la fiera recoge y lleva á su madriguera, para lanzarse otra vez en seguimiento del ladrón, el cual



LEONARDO
Autoretrato de Leonardo de Vinci

repite la maniobra hasta ponerse á salvo en una barca.

—Cuando el lobo se desliza hacia un corral y por casualidad da un paso en falso, lanza un grito y se muerte el pie para castigarse por su error.

—La tortuga no engaña jamás á su pareja, y si se le muere observa una perpetua castidad...

—El cuervo, cuando ve á sus polluelos recién nacidos, creyendo que van á ser blancos, se desespera y lanza gritos desolados y sólo se tranquiliza cuando empieza á ver que les sale alguna pluma negra.

—Se dice que el águila jamás tiene tanta hambre que no deje algo de su presa á los pájaros de su alrededor, los cuales le hacen la corte para comer sus sobras.

—Las grullas temiendo que su rey perezca por descuido de sus guardianes, se están por la noche á su lado, sosteniendo una piedra con la pata en alto, á fin de que si se duermen les despierte el ruido de la piedra al caer.

Alegoría

La envidia: se la representa mirando al cielo, porque si pudiese usaría sus fuerzas contra el propio Dios. Hazla con una máscara sobre una faz de bello aspecto. Hazla herida en la vista por palmas y ramas de olivo; hazla herida en el oído por laureles y mirlos, significando que la victoria y la virtud la ofenden. Haz salir de ella humo para significar su mal decir. Hazla pálida y seca,

y rodéale el cuerpo con una serpiente. Dale un arco y flechas largas, porque es así como ella ataca. Vistela con piel de leopardo, porque este animal mata al león por astucia. Poi en su mano un vaso lleno de flores y entre ellas escorpiones, víboras, y otros venenos. Hazla cabagar en la muerte porque la envidia no muere, languidece solamente; haz la brida cargada de diversas armas instrumento de muerte. Desde que nace la virtud, despierta contra sí la envidia y no hay ya más cuerpo sin sombra que virtud sin envidia.

Fábula

Un copo de nieve se encontraba en la cima de unas rocas, formando la cúspide de una alta montaña, y recogiéndose en sus imaginaciones comenzó á compararse á la montaña y á decirse: «Yo no debo juzgarme alta y soberbia, copio de nieve colocado en alto lugar, y soportar que una tal can i lad de nieve como veo, es é colocado muy debajo de mí. Mi pequeñez no merece esta altura que puede muy bien, por el testimonio de mi figurilla, conocer lo que el sol hacía ayer á mis compañeras que en poco tiempo fueron fundidas por sus rayos. Y esto les acaeció porque estaban colocadas más altas de lo necesario. Quiero huir, pues, la cólera del sol, y rebajarme y hallar un rincón conveniente á mi pequeñez.» Se lanza hacia abajo y comienza á rodar desde la roca elevada á otra también cubierta de nieve. Cuanto más busca un lugar bajo, más crece su volumen, de tal forma que se encuentra apenas menos grande que la que le sostiene: fué por esto la última nieve que en aquel lugar derritió el sol. Esto enseña cómo serán exaltados aquellos que se humillen.

Facesías

—Se hará grandes honras y pompas á los hombres, sin que estos se enteren. (*Las honras fúnebres*.)

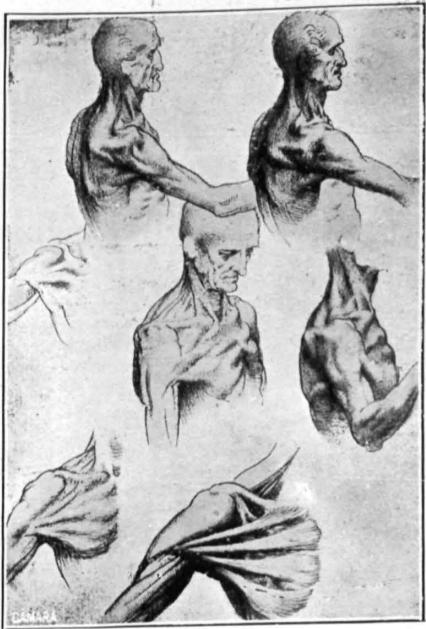
—El bosque engendra hijos que serán la causa de su muerte. (*El mango del hacha*.)

Rasgos

—Queriendo uno con la autoridad de Pitágoras convencer de que había vivido otra vez bajo distinta cara y viendo que su interlocutor no le dejaba concluir su demostración, le dijo furioso: «Ahora que caigo; me acuerdo que tú eras entonces mulatero.» Picado en su amor propio el aludido, respondió enseguida: «Tienes razón. Como que me acuerdo yo de haberle echado de comer muchas veces, porque tú eras asno.»

—Reprochaban á uno que saliese de la cama cuando el sol estaba ya muy alto y el amonestado, replicó: «Si yo tuviese que hacer su viaje también estaría ya en camino.»

LEONARDO DE VINCI
(Traducción de E. González Fiol)



Dibujos de Leonardo de Vinci



LA MOZA DEL MESÓN

DIBUJO DE LARRAYA

Caminaba yo un buen día
bajo el azote del sol
de Agosto por un camino
de Castilla, y el rigor
del verano me abrasaba,
cuando detrás de un alcor
divisé los viejos muros
corraleros de un mesón.

Alcé el sonoro galope
de mi potro corredor,
y allá llegó en breve tiempo,
a punto que el rojo sol
ya del todo me rendía,
que fué gran consolación.

Dejé á la moza mi potro,
bien empapado en sudor,
y ella le llevó á la cuadra
mientras reposaba yo
sobre un espacioso escaño
de rancio estílo español.

Al volver, sirvióme un jarro
de lo anejo, y pan de flor,
y un embutido casero,

y un buen queso de pastor.
Traségué luego otra jarra,
que tal beber me cumplió,
y di en mirar á la moza
harto hermosa como hay Dios.

Ella advirtió mi insistencia
en mirarla, y se aprestó
para servirme otro jarro,
creyendo tal mi intención.

Yo entonces, galán, la dije
con blanda y trémula voz:
—Deja el jarro, mesonera,
que otro vino quiero yo;
no más vino de las viñas,
sino vino de tu amor.

Ella, lejos de enojarse,
mirándome sonrió,
con que al punto fuíme á ella
y dejé un beso en la flor
encendida de sus labios,
que eran llenos de dulzor.

Sentí nuestros corazones
á una latiendo los dos,

y sentí sus recios brazos,
—honda y feliz sensación,—
carceleros de mi cuerpo
con muestras de grande amor.

¡Bién libé en aquellas rosas!
que la moza del mesón,
hecha á las tales sorpresas
y curtida en el ardor
de amorosas bienandanzas,
muy dócil se me mostró.

En el cristal de sus ojos
relucía la pasión,
y en lo más profundo de ellos
me vi retratado yo.
Sus mejillas deliciosas,
que tenían la color,
áurea y tostada, que tiene
la espiga granada al sol,
desciendan al picante
y fresco olor del mesón...

Yo la dije:—Mesonera,
qué gran vino es el amor!,
¡cuán dulce roba el sentido!

¡Jaun más dulce el corazón!
¡El mío contigo queda,
que ya sin él me voy yo!

Élla replicó riendo:
—No tengo la condición
de guardar lo que no es mío
si el amo no me lo dió.
Cuando precisié de nuevo
de vuestro buen corazón
venid acá; de mis manos
lo tomareis con amor.

Y así, desde aquel buen día,
voy las siestas al mesón,
y apuré á gusto el camino
y me resigno al calor
veraniego, con que recio,
las carnes nos quema el sol,
porque es gran placentería
—cuando ya se caminó
todo el camino,—en la venta
ampararse del calor,
y trasegarse una jarra,
de lo anejo, gran señor,

que hasta vuestra mesa viene
desde el fresco bodegón.

Y hecha luego la merienda,
darse á las fiestas de amor,
entre los hermosos brazos
de la moza del mesón.

No creo que hembra en Castilla
tenga en la sangre más sol,
ni que haya otra mesonera
con aire tan seductor.

Yo de mí, puedo decirlo,
que, aun siendo como yo soy
gran catador de bellezas,
que en romance es amador,
nunca di con otra moza
de más franca condición,
ni mocedad más alegre,
ni más generoso amor.

¡Lástima es cierta y bien grande
que no sea sólo yo
quien de rosa tan sabroso
coge, al pasar, una flor!

ALBERTO VALERO MARTÍN



••• LOS SEGADORES •••

DIBUJO DE TITO

MUCHAS tardes, desde la ventanilla del vagón, atravesando la resaca llanura castellana, los vimos encorvados bajo su sombrerón de palma, en mangas de camisa, derribando con la hoz, á golpes ritmicos, la gracia—oro y surro—de la mies.

Ardía la tierra; abrasaba el aire; enervante y tenaz sonaba el estridor de las cigarras. El campo, ondulando suavemente, dilataba inmenso, sin un árbol, sin un arroyuelo, sin una clemencia. Algun pajarillo, borracho de luz, deslumbrado por el resistero, volaba con torpeza de murciélagos. De entre las péndulas espigas brotaba una canturia monótona, bronca y sin jugo; y el cielo, blancor de escua tenia, y la tierra, amarillenta, agrietada y dura, hálito de horno exhalaba.

Aquello, que en el sembrado era tortura, desde el tren no pasaba de colorido espectáculo. La cuadrilla de segadores, anegada en la aurea opulencia del trigo, retuvo durante varios minutos la atención del viajero. Y el orondo señor que se dirigía á una playa cualquiera, encendió el cigarro, espació perezoso la mirada, y dilatando el abdomen se dignó emitir cierto comentario sentimental:

—¡Pobres! ¡Con el calor que hace!

Sin perjuicio de que, á continuación, el descontento que sistemáticamente correó á todos los nacidos le arrancase otra reflexión harto discreta:

—Y, no obstante, ahí los tiene usted. Con un cacho de pan y un trago de vino, son felices. Viven como bestias, pero son felices. Ni conocen el dolor de discurrir ni les envenena la rabia de «llegar»...

Desapareció el tren. Quedó un desolado silencio. Y los segadores continuaron rostro á tierra abatiendo espigas, formando con ellas los haces crujientes que habían de colmar luego el carro, camino de la parva.

La hoz, hábil y rápidamente blandida, trazaba en el aire como latigazos de plata. Con lentitud penosa avanzaba la cuadrilla, entre la que jadeaban mujeres y mozas. El sudor perlaba las fren-

tes enrojecidas, febriles, sobre las que se ceñía la corona del martirio cotidiano, anóni no y besimal. Y de vez en cuando alguien requería la calabaza llena de agua, tibia ya, y limpiándose con la manga el sudor bebiá ávido cara al cielo, por donde se cernía, obsesionante, un alcotán.

La faena ha comenzado cuando tras el horizonte asomó como un sahumerio la claridad del amanecer.

Los labriegos que desde remotas comarcas llegaron con su hoz y su hatillo, por acopiar unos ahorros para hacer frente al invierno, pusieron, sin quejarse, á la labor. El campo, entonces, iba despertando. Quedaba en el ambiente como un eco luminoso de la estrellada, y la sombra de la noche, no desvanecida por completo, esparsa blanda y consoladora frescura. Vagabundas avéccillas piaban algareramente; la mies, con la voluptuosidad de lo granado y en sazón se estremecía; en todo el ámbito flotaba un júbilo nupcial...

Pero pasaron las horas en sosegado desfile sobre la pasividad de los frutos y de los hombres; y subió el sol, y arreció la hoguera del bochorno, y la sombra que vertían los torsos era de un azul profundo.

Hasta que llegó el crepúsculo cumplióse el anatema del Génesis: el hombre ganaba el pan con el sudor de su frente. Con el sudor de la frente y del cuerpo y del espíritu: con sudor de agonizante que quiere vivir y no acaba de vivir.

Resonaba en el letargo, como en el parche de un tambor, el pitido de otro tren. Y los segadores interrumpían su faena. Y se erguían, cual si el cielo, por un minuto, dejase de gravitar sobre sus riñones. Y sonriendo, fulguriosos, saludaban á los viajeros, diluyendo en la calina la sana, la fresca, la unánime ingenuidad de un «adiós».

Alguno de estos esclavos de la gleba nació á la luz en un día de verano, en pleno trigo, y allí le dejaron como se deja el cantarillo ó la calabaza hueca que para beber, por el llano manchego se usa.

La madre, una vez cumplida su misión, cerró, bravamente y anhelantemente reanudó poco después el trabajo. Tal vez otro de los segadores, aquel mismo día, cayó, hoz en mano, para siempre. Ni el alumbramiento ni la defunción revistieron apenas en el trágo del oficio, importancia.

Los hombres de la ciudad suben, suefian, rien, ambicionan. Los del campo, sudan. Sudar, antes que nada, es su sino. La cizana y la nube; la prole y el fisco; el sol y la miseria: todo, confabulado contra él mantiene en vigor la irritada maldición de Jehová.

Si analfabetismo, su bovina docilidad, constituyendo un sonrojo para los sociólogos, son sólida base en la que se yerguen todos los cacizgos. Desde el surco hasta la mesa enmantelada y bien guarneida, la desnivelación social traza un camino peligroso, cura de abrojos y tinieblas. Camino húmedo de sudor, de lágrimas, de bilis, de sangre: fuentes amargas del hombre, que fertilizan la tierra y aseguran su pompa.

Al crepúsculo, cuando las estrellas van enjando el terciopelo de la noche y sólo queda en el paisaje una hoz—la de la luna creciente—los segadores regresan á su hogar.

En la religiosa dulcedumbre de la hora estos hombres cansados, con sus actitudes de derrumbamiento y sus facies crispadas, formulan, sin cabal conciencia de ello, una tácita imprecación. Las esquilladas de los rebaños acentúan la litúrgica serenidad del regreso. Una voz errante canta con dulce somnolencia. Todo, siendo fatiga y tristeza, es paz.

Y así los segadores continúan esto tras esto. En el sangriento anochecer, nunca les asaltó la redentora plasticidad del símbolo. Oprimidos, miserios, al margen de la vida, jamás se les ocurrió acoger la idea de que, disponiendo de hozes, de guadañas, de cuchillos, podían, en vez de abatir espigas, abatir privilegios, y en vez de realizar una siega iniciar una emancipación.

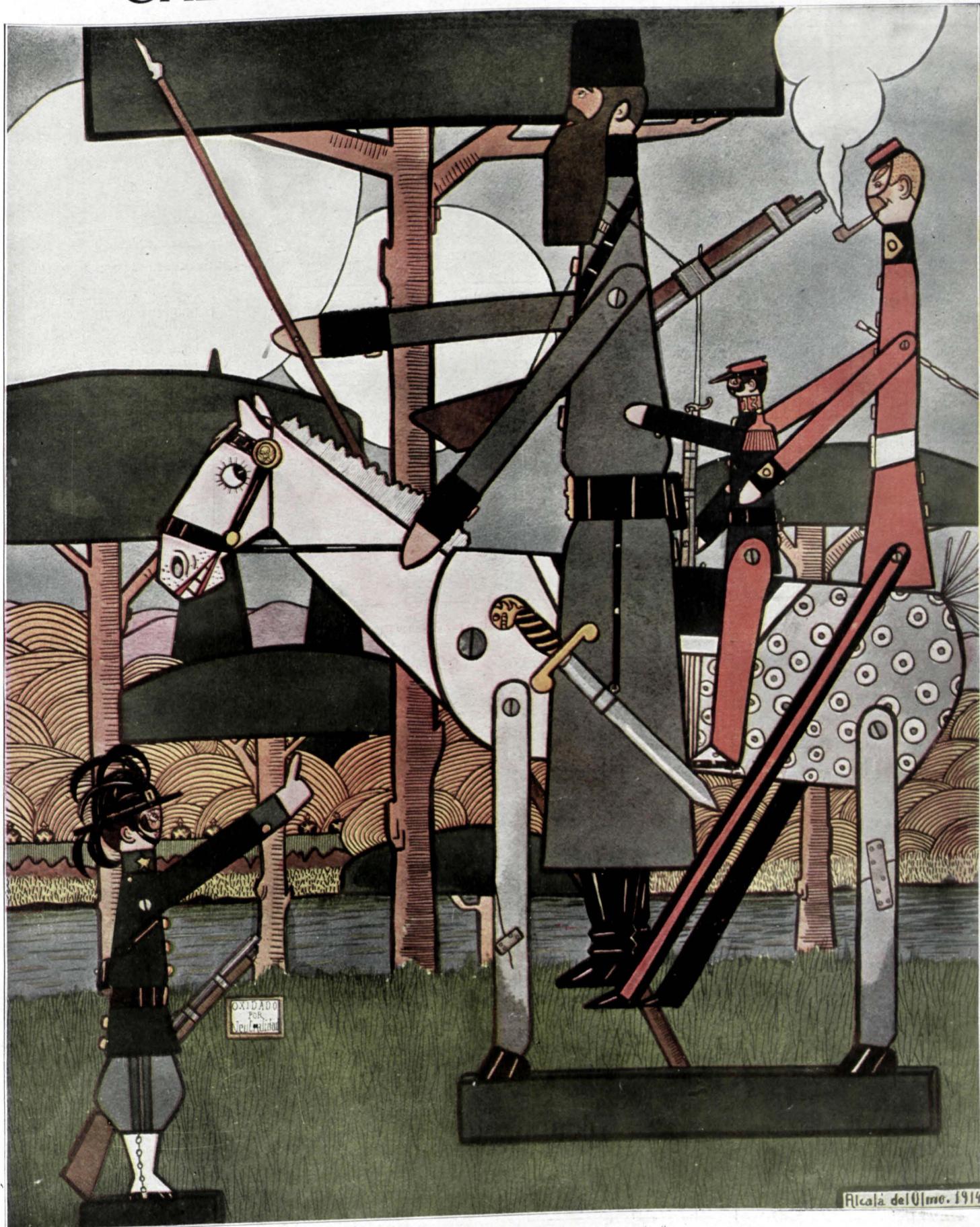
E. RAMÍREZ ANGEL

TIPOS AFRICANOS



ESCLAVA TUNECINA

GALANTERÍA INTERNACIONAL



INGLATERRA.—¡Aún hay sitio, compañero!
ITALIA.—Muchas gracias; ¡es comodidad!!...

Dibujo de Alcalá del Olmo

LAS NECESIDADES DE LA GUERRA Y EL PAPEL MONEDA



Billete de un peso, emitido por el Gobierno de Méjico



Billete de cincuenta centavos, emitido por el Estado de Saltillo (Méjico).

CUANDO una familia se ve rodeada de un peligro que pude dar al traste con su existencia, una inundación, un hundimiento, un incendio, por ejemplo, lo primero y principal que trata de salvar en la catástrofe es el dinero; porque, aunque se pierda todo lo demás, con él se puede hacer frente a las necesidades del momento.

Lo que puede suceder á una familia en cualquier instante, es lo que de hecho ha sucedido á las naciones comprometidas en el actual conflicto europeo; y como las naciones no son sino grandes familias sociales, han procedido de igual suerte que hubieran procedido aquélas.



Billete de diez florines, emitido por el Banco Holandés

Surgió la guerra y la primera medida que adoptaron las naciones beligerantes, fué la de encerrar en las arcas del tesoro el dinero amonedado hasta entonces en circulación, y sustituirlo con papel moneda. Para las necesidades económicas de la nación, para las transacciones comerciales del país, para el desarrollo normal de la vida ciudadana en las grandes crisis sociales —y ninguna tan tremenda como la actual,— ofrece garantías suficientes la emisión del papel moneda, en proporción calculada á sus reservas en oro; mas para la adquisición de material de guerra, movilización rápida de enormes masas humanas, alimentación



Billete de cinco francos, emitido por el Gobierno suizo



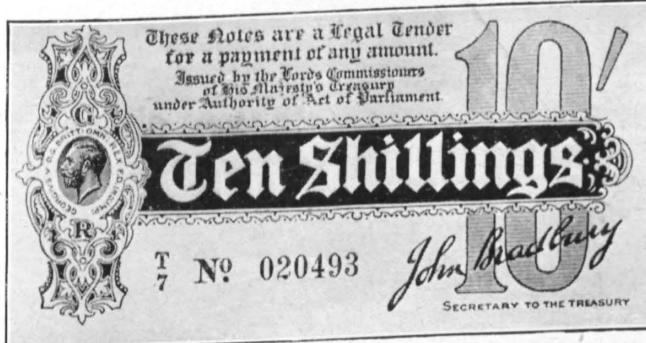
Billete de dos coronas, emitido por el Gobierno austro-húngaro



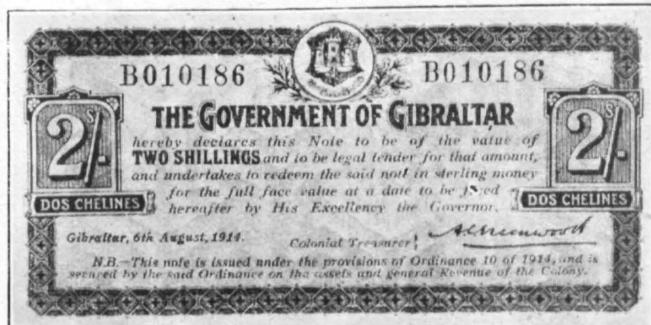
Billete de cinco marcos, emitido por el Gobierno alemán.



Billete de cinco francos, emitido por el Banco Nacional de la República.



Billete de diez chelines, emitido por el Gobierno inglés



Billete de dos chelines, emitido por el Gobernador de Gibraltar

sana y abundante de millones de hombres extenuados por la fatiga y el peligro continuo; para el tráfico con las naciones neutrales; para tener una base sólida de regeneración en el momento de la paz; y aun para pagar la contribución de guerra en el caso de tener que aceptar las condiciones de paz impuestas por el enemigo victorioso, para todo esto hace falta dinero, mucho dinero contante y sonante, por eso se retira de la circulación la moneda, y se hace forzosa la aceptación del papel.

Más aun: esta necesidad, estas medidas previsoras afectan por igual a las naciones que sin intervenir en la lucha son circunvecinas a las beligerantes; ya que han de salvaguardar sus derechos, imponer el respeto de su neutralidad, y, hasta cierto punto, no permanecer indiferentes ante el peligro que amenaza a su misma independencia.

Emittir papel moneda no hubiera sido problema para ninguna de las naciones hoy en lucha, pues todas, cual más, cual menos, lo habían emitido según sus recursos y sus necesidades; pero lo que sí ha solucionado la vida y su intercambio en cada país, respectivamente, ha sido la emisión de papel moneda fraccionado en cantidades no conocidas hasta el día, justificablemente porque se trata de facilitar las pequeñas transacciones del vivir cotidiano, pues que



Billete de una libra, emitido por el Gobierno inglés

ho el primer problema es ese, vivir, ya que aunque parezca paradógico, la vida está suspendida. Y no solamente han procedido así los Gobiernos, órganos directivos de la nación, sino que los Ayuntamientos, las Cámaras de Comercio y los Municipios han adoptado idéntica medida en beneficio de los intereses que les están encomendados.

Decimos que este proceder en las naciones beligerantes y en las de sus vecinos, aquí en

Europa, se halla justificado por las excepcionales circunstancias que atraviesan, y en evitación de mayores quebrantos económicos; lo que no puede tener justificación ninguna es lo que en Méjico acontece con ocasión de su guerra interna: allí hay tantas emisiones de papel moneda como cabecillas cuenta la revolución, y estos papeles no circulan más que en el estado ó estados donde cada uno impone, ni ofrece otras garantías que las armas del dictador; y así se va derechamente a la anarquía y a la bancarrota del país.

Mucho más y mejor que cuantas explicaciones pretendíramos dar, la darán las siguientes reproducciones gráficas de los pequeños billetes que se han puesto en circulación con motivo de las tristes actuales circunstancias, y que damos sólo a título de curiosidad informativa, pues no cabe duda que el cabal y completo estudio en sus aspectos financiero, económico y social de estas emisiones se hará en su día, cuando los sentimientos de indignación, venganza y odio que hoy embargan el ánimo de los combatientes, se cambien por otros más dignos, grandes y nobles, la dulzura y el perdón.

JUAN M. SANCHEZ



Billete de cincuenta céntimos, emitido por la Cámara de Comercio de Burdeos



Billete de un franco, emitido por el Ayuntamiento de Rotterdam

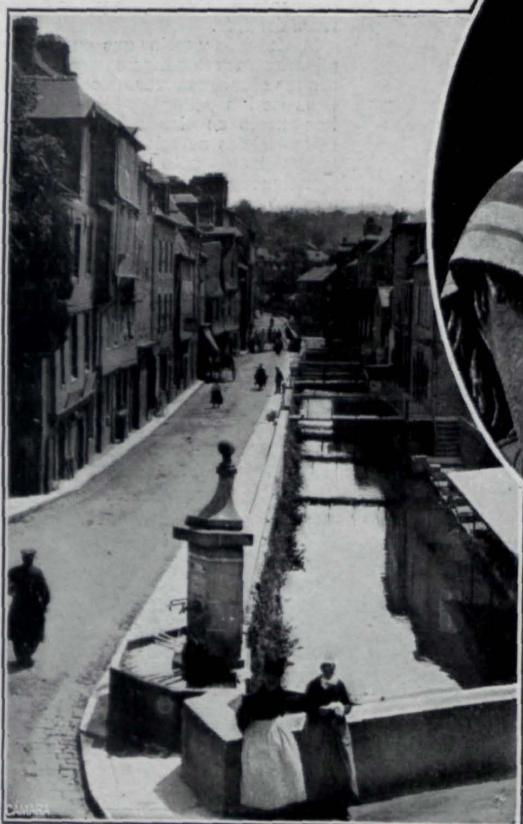
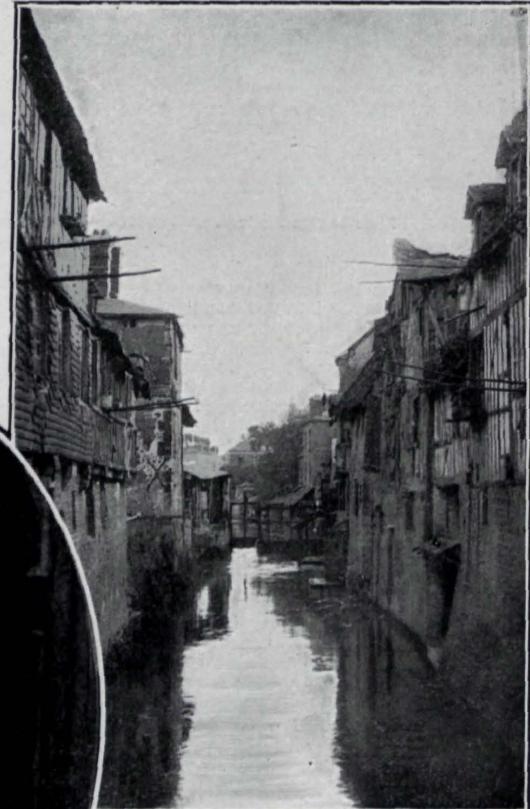
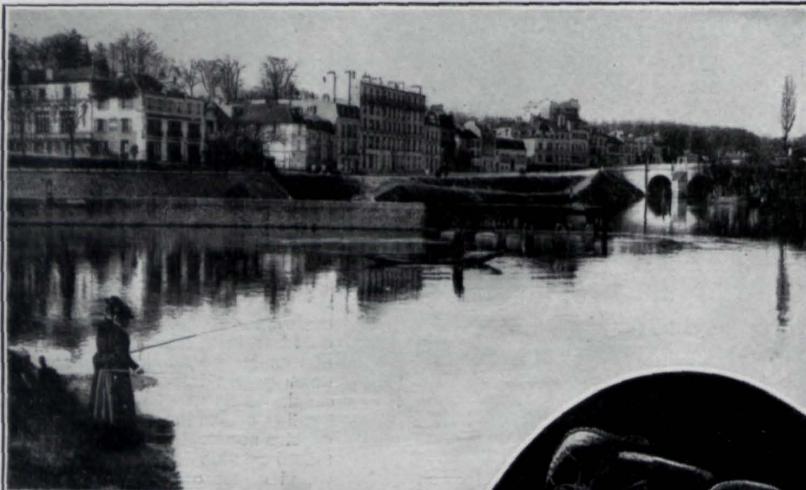


Billete de cincuenta centavos, emitido por el Estado de Jalisco (Méjico)



Billete de cinco francos, emitido por el Gobierno suizo

DE LA VIEJA FRANCIA



Vieja borbonesa

El Marne, á su paso por Joinville.—Un canal de Vire (Calvados)

CUANDO el suelo de Francia se estremece bajo la planta del invasor y muchas de sus ciudades históricas sufren los horrores de la guerra, desapareciendo por la acción del fuego y de los cañones gran parte del riquísimo legado artístico de pasadas centurias, es interesante evo- car el recuerdo de esa vieja Francia, plena de glori- as en donde encuentra el pueblo galó reservas inextinguibles de patriotismo. Nada pudo, por fortuna, contra ese tesoro espiritual, que es hoy frente al enemigo germánico, el más poderoso baluarte y el mayor depósito de energías, la obra demoledora de una larga serie de gobiernos ja- cobinos. Antes por el contrario, y en esta hora de prueba para Francia ha podido advertirse bien, por cada «luminaria celeste» que intentaron apagar los destructores de creencias que allí se han sucedido en el poder, por cada bandera de las menospreciadas y condenadas *au fumier* por los funestos anarquizantes de las orillas del

Sena, surgieron en la patria de la in- mortal *Pucelle* de Orleans, cien cre- yentes y otros tantos héroes dispus- tos á verter su sangre sin regateos, abrazados á la enseña que hicieran on- deer entre resplandores de gloria Car- los Martel, Carlo Magno, San Luis, Juana de Arco, Condé y Bonaparte. Ese admirable resurgir del patriotismo y de la fe ante el peligro, dando á Francia una fuerza indestructible que oponerá los dos grandes sentimientos que mueven á las legiones del Imperio alemán, es el que sin duda salvará á la nación hermana y el que ha de traer para ella nuevos días de luz tras de este espantoso caos en que la han sumido unas cuantas inteligencias esclavizadas por el error.

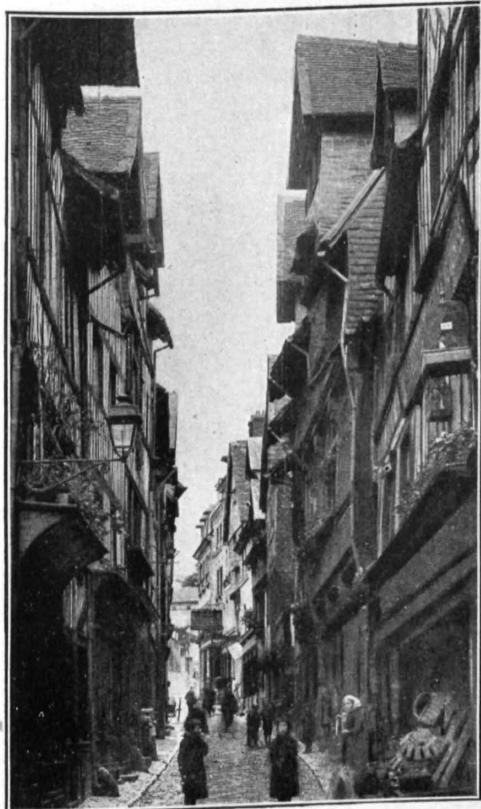
De esa Francia tradicional que sigue contemplando con religiosa admiración los trofeos des- coloridos y en girones, pendientes de la bó- veda de los Inválidos, son las fotografías que adornan esta plana. Es, entre otras, Joinville, la pintoresca ciudad de la orilla izquierda del Alto Marne, y que rebasaron las huestes del Kaiser en un avance sobre el campo atrincherado de Chalons. Para España tiene un derecho al re- cuerdo, pues en ella se convinieron en 1514 el poderoso monarca hispano y los jefes de la Liga para dar el trono de Francia al Cardenal de Bor- bón, con exclusión de todo príncipe herético. Es



Muchacha brionesa

Una calle antigua en Lisieux (Calvados)

en otro lugar, Lisieux, en Calvados, que fun- daron los sajones en la cuarta centuria, y que en el transcurso de los siglos asolaron los normandos, Felipe Augusto, los ingleses en 1414, Carlos VII en 1448, y, por último los calvini- stas durante el período de las guerras de reli- gión. Es también Tours, la perla de Turena, plá- cida y dichosa en su vida provinciana, viendo reflejar sobre las aguas del Loire las gallardas torres de su catedral de San Mauricio y las lí- neas bizarras de su célebre torre de Carlo Mag- no, resto de la Abadía de San Marín, y que entre los grandes hechos memorables desarrolla- dos dentro de sus murallas está la reunión de



Un rincón típico de Lisieux

los Primeros Estados Generales, durante las luchas religiosas. Y es, por último, la hoy industrial Roubaix, cercana á Lille, cuyo nombre figuró frecuentemente en las guerras del siglo xvi y que en la actual, situada en el centro de la hoguera que ha convertido en ruinas gran parte de Bélgica y del norte de Francia, ha visto convertirse en escombros la principal fuente de su riqueza.

A esa evocación de los buenos tiempos de Francia, contribuyen no poco, tres pintorescas notas de indu-

mentaria: la vieja campesina del Borbonesado, cuyo atavío actual no debe ofrecer grandes variaciones con el que usaron las mujeres de la histórica *Aquaे Bormonis*; la rolliza muchacha brionesa, que aún conserva en su tocado detalles y rasgos de un arcaísmo manifiesto, y que puede comprobarse cotejándolo con las estampas de escenas populares existentes en la Biblioteca de París, y la aldeana de *La Bresse*, cuyo puntiagudo cubrecabezas, de origen evidentemente oriental, se ha perpetuado en los Vosgos á tra-



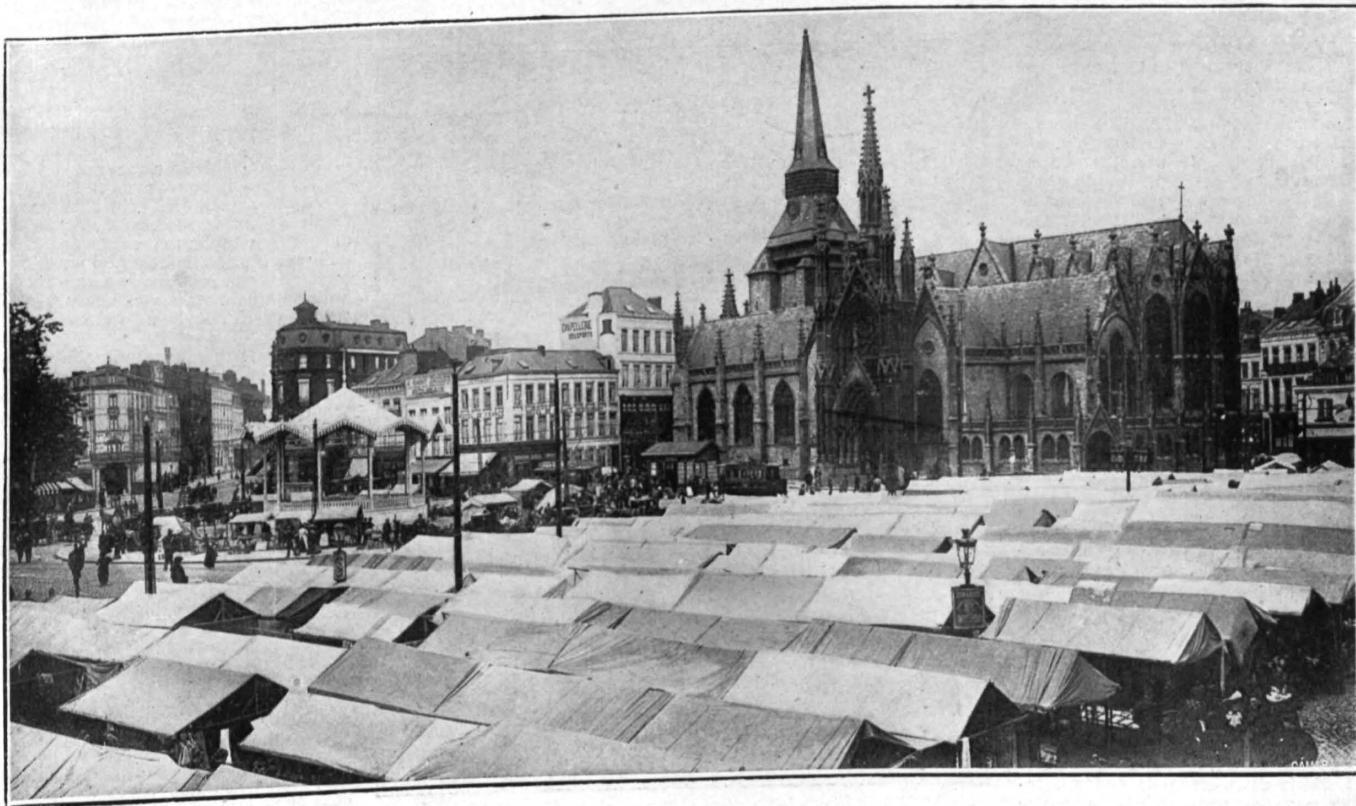
Mujer del país de Bresse



Casas antiguas de Tours y torre de San Martín

vés de todos los tiempos y de todas las influencias étnicas. Son reliquias de una vieja Francia de altos y nobles ideales, de costumbres puras y de sólidas creencias, bien distante de la Francia escéptica y materialista que desde las esferas oficiales tuvo por principal resorte de gobierno acabar con todo lo que representaba la fuerza tradicional del país.

¡Haga el Cielo que una paz cercana y honrosa ponga término á ese cúmulo de horrores que destroza á la noble nación!—A. R.



El mercado de la Plaza Mayor en Roubaix



Aspecto de una de las calles de Avezzano, después de los terremotos que han destruido la población

•*• EL TERREMOTO •*•

É aquí la trágica visión del terremoto, evocada en una carta particular por la tosca pluma de un hombre del pueblo: «Nos sentimos de pronto derribados al suelo como por puñetazos de manos invisibles y, luego, parecía que la tierra, como un monstruo despertado de pronto, trataba de arrojarse sobre el firmamento, lanzando rugidos espantosos. Desde hoy en adelante creeré que la Tierra está viva; la he visto moverse, temblar, extremecerse; la he oido hablar con un lenguaje que amedrenta. Luego, cuando ella calló, surgió el vocero del miedo humano; los heridos clamaban su dolor, y hombres y mujeres enloquecidos de terror corrían chillando y gritando como fieras perseguidas. De vez en cuando, se oía como el fragor de un lejano trueno; eran las casas que se derrumbaban...»

Así, han quedado destruidos Avezzano y otros pueblos de la región de los Abruzzos; así, han muerto veinticinco mil personas en la fértil cuenca del lago de Fucino; así, ha desaparecido una gran riqueza laborada á fuerza de siglos... ¡Pobre hermana Italia! Sin duda, el Azar que rige los destinos humanos tiene condenados á los pueblos latinos á saborear la amargura de todas las adversidades. Este latigazo cruel, con la crueldad impasible de la Naturaleza ciega, viene á recordar á Italia, en momentos de grave preocupación, que hay para ella un irredentismo más grave, más enconado y temerario, que la detención de sus provincias norteamericanas por otra nación y otra raza. Para el pueblo italiano, poseido

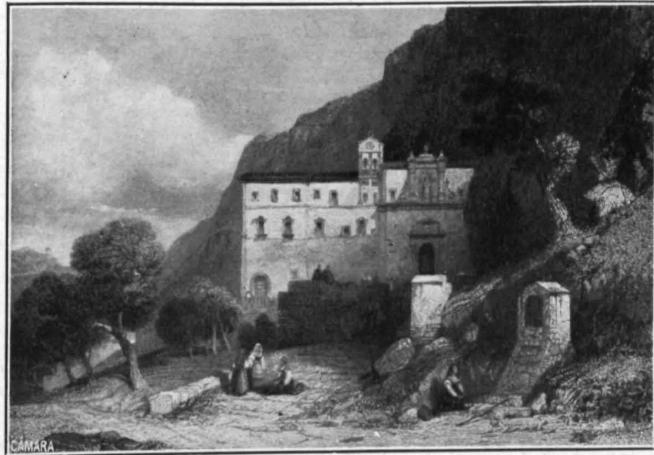


Interior de la Catedral de Pescina, población que ha sufrido incalculables daños

de todas las supersticiones meridionales, esta tremenda tragedia parecerá un aviso del Cielo. Cuando Italia recontaba las filas de su mocedad para lanzarla á la guerra, cuando el ensueño de volver á poseer Trento y Trieste y Pola resucitaba con toda la fuerza de un ideal nacional, cuando la esperanza de un imprevisto engrandecimiento despertaba los recuerdos de las antiguas glorias militares, el suelo esfumeciendo produce en una hora, en unos minutos, más víctimas y desastres mayores que la más encarnizada batalla.

No hay terrazo en todo el planeta, que el hombre haya amado más intensamente que á la península italiana. Desde la amigable remota reverbera, como un sol, sobre el mar azul al que da el nombre de su raza; irradiia sobre Europa entera; enseña los heroismos de la fuerza y las espiritualidades de la belleza; es grande en su decadencia y en sus abnegaciones; no desaparece jamás, sino que cae con estrépito para volver á alzarse, como si hija del Olimpo, estuviese destinada á vivir la eternidad. El ideal humano hace de Italia su paraíso de refugio; pagano sobre las gradas del Capitolio y nazarenio bajo la cúpula del Vaticano... La fe del hombre se llama siempre Roma!

Y esta tierra amada, que el hombre fecundó con su sudor y con su sangre, donde alzó los más osados monumentos, donde creó las más bellas ciudades, donde acumuló todos los prodigios de su arte, donde en vano pasaron todas las invasiones, es ingrata, como una mala mujer, y siempre mal



Paisajes de Avezzano y de Castel del Monte, región de los Abruzzos, donde los terremotos han causado grandes desgracias

segura, como si la abrumara la gloria, tiembla y se estremece y entierra en sus grietas á Pompeya y Herculano, y amenaza con la voz de sus volcanes y los rugidos de sus entrañas traicioneras, mal cristalizadas.

En otros momentos, la catástrofe de los Abruzzos hubiese conmovido á la Humanidad entera, y como en anteriores terremotos, el mundo entero hubiese ofrendado en el altar de Italia los homenajes de su dolor, su cariño y sus lisonjas. Pero, ¡ahora!... Nuestra Edad se ha hecho amiga de la Muerte. Le está entregando lo mejor de sus generaciones; lo más vigoroso de sus mocedades. Está regando y fertilizando con sangre humana los campos de Bélgica y los de Francia, y los de Polonia, y los de Servia, y los de Austria, y los de Prusia, y los de China, y los de Asia y los de África. Son las viejas tiranías sociales que resucitan, proclamando que la vida del hombre no vale nada. ¿Cuántos murieron ya? Nadie lo sabe. Un millón; más acaso. Y cada día el fuego y el hambre, el frío y la enfermedad van segando vidas. El mundo no se espanta. Parece que hemos llegado á convencernos todos de que este sacrificio, este desprecio de la vida humana, era una necesidad que tardaba ya en cumplirse y satisfacerse.

Lo que asombra es que hayamos pasado un siglo reconstituyendo en nuestros ideologismos la valoración del hombre: eran los economistas

calculando su fuerza productora y multiplicadora de riquezas; eran los higienistas llegando á los más sutiles arbitrios para alargar su vida; eran los bacteriólogos buceando en el mundo misterioso de lo invisible para encontrar y exterminar á los engendradores de las enfermedades; era la caridad de todos sosteniendo asilos y hospitales. Eran, en suma, la Ciencia y el Bien amparando á la Humanidad y estimulando su reproducción; era el hombre luchando con la Muerte. Y ¿para qué? ¿Para entregarlos ahora por millones á la fierza de la metralla y del hambre?

Era más dulce, más consoladora la resignación con que en las épocas que llamamos bárbaras se dejaba que un destino providencial ó un azar fatalista, diezmase las naciones con los rigores de la peste ó del fuego ó del terremoto. Al cabo quedaba á los pueblos el consuelo de alzar los ojos á lo alto y pedir misericordia á los poderes sobrenaturales. Pero, ahora, el hombre se ha hecho amigo de la Muerte y buscándola, provocándola, ha derribado, con mayor crudelidad que la Naturaleza ciega, la obra de una civilización que proclamábamos definitiva.

Así, pobre hermana Italia, nadie ha tenido un grito de hondo dolor al ver cómo tus pueblos y tus aldeas se han estremecido sobre sus cimientos y se han derruido matando tantos de tus hijos. Es como si el cañón hubiese tronado sobre tus floridos campos: es como si los aeroplano

nos hubiesen descendido al valle desde las cumbres nevadas de los Apeninos; es como si una avalancha de caballería hubiese pateado furiosa sobre tus huertos y tus viñedos... ¿Cuántos murieron? ¿Veinticinco mil? Son pocos; pocos aun para la insaciable sed de sangre que empuja á unos pueblos contra otros. ¿No recuerdas tus aventuras béticas recientes? ¿No perecieron más en Tripolitania? ¿No viste, hace poco, en la contienda de los Balkanes, cómo quedó la juventud de Turquía, y la de Bulgaria, y la de Servia, y la de Grecia, y la de Montenegro, tendida, muerta, podrida en los gloriosos campos de batalla?

¿Y no ves ahora estos campos sagrados de honor en que belgas, franceses, alemanes, austriacos, rusos, servios, caen á centenares, á miles, luchando por el fantasma de una gloria que cualquier día un fenómeno de la Naturaleza reducirá en un minuto á pavesas y cenizas?...

Y, sin embargo, tu pueblo, con la terca superstición de los meridionales, creerá que esa desolación de los Abruzzos es un aviso que el cielo te envía... Solo que en el camino de Damasco, Saulo moderno pierde la vista para no volver á recobrarla. ¡A la guerra, pues, que en nuestra Edad es grande honra ser amigos de la Muerte!

DIONISIO PÉREZ



Los supervivientes de la catástrofe de Avezzano, buscando los cadáveres entre los escombros

LA MODA FEMENINA

No voy á buscar hoy ninguna anécdota para escribir mi crónica. Aunque así os lo ofrecí en la anterior, desisto de cumplir mi ofrecimiento.

Hay una tendencia nueva y reformadora en las *toilettes* de gala que me dispensa de aquel compromiso. Lo más elegante es el cuerpo formado por dos grandes bandas cruzadas sobre el pecho y la espalda en la misma forma y que bajando algo de las caderas vienen á cerrar sobre una de ellas. Esta forma de cuerpo permite unos grandes escotes abiertos en toda su extensión por la espalda y prudentemente velados en el pecho con unos artísticos y costosos petos de encaje. Estos y los tulles finísimos y las gasas vaporosas de seda, juegan un papel muy principal en las *toilettes* de que os hablo y preparan el advenimiento próximo y triunfal de la falda ancha. La mayoría de estos encajes se destinan á las faldas, bien en forma de volantes superpuestos, bien en forma de túnica rusa á la que sirve de viso la falda



CAMARA



estrecha, bien al modo de sobre-falda plisada ó lisa de gran vuelo rematada á veces en los bordes por plumas de marabú ó por anchas cenefas de tela igual siempre á la del cuerpo ó por otras bordadas ó caladas en el mismo encaje como complemento de su labor y término del pensamiento del artista que ideara el dibujo. También domina el encaje en las mangas. Olvidé decirlos al hablar de los escotes que estos se complementan con la absoluta desnudez de los brazos. Es un desnudo artístico y agradable digno de la predilección de todas las señoritas y señoritas que hayan sido favorecidas con unos brazos redondos, de los que tienen bajo la perfección de su piel suave y flexible la trasparencia de una rosa fragante. Se ha desterrado casi en absoluto el guante largo. Aquel guante hipócrita con el que se pretendía disimular la belleza sugestionadora de los brazos cubriendolos hasta el codo, aunque luego volviesen á brindar la sensación escaldriante de la carne viva del codo á los hombres. Libre lucirá la belleza de los brazos y de los escotes. Para adorno de los primeros basta con una sencilla «esclava» lisa, de oro ó de platino y para los segundos con el opulento collar de perlas, lágrimas de Nereidas fundidas al calor de los nácares marinos, ó con la espléndida *riviere* que tiembla sobre la blanca turgencia de los senos como brillantes estrellas de una dichosa constelación de amor.—ROSALINDA

*Jabón
flores
del Campo*



El cutis defectuoso adquiere con el uso del **Jabón Flores del Campo**, una pureza perfecta: la piel más castigada y las manos más ásperas se afilan y su empleo con constancia es un verdadero seguro contra los tres enemigos de la piel, que son: las variaciones atmoféricas, el empleo de grasas y jabones perjudiciales y la acción demoledora del tiempo

PÍDALO HOY Á SU PERFUMISTA

1,25
LA PASTILLA



0,30
PASTILLA DE PROPAGANDA

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landí □ Gerente: Mariano Zavallo

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año 25 pesetas

Seis meses ... 15 "

EXTRANJERO

Un año 40 francos

Seis meses ... 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse a los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 6°)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid □ Apartado de Correos, 571 □ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun □ Teléfono, 963 : :

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES
DE LAS
Vías Respiratorias
con el empleo de las
PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS
Pero no se responde del éxito sino empleando
LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
EXIJANSE PUES
en todas las farmacias
En CAJAS de a Ptas. 1.50
con el nombre **VALDA** en la tapa
y nunca de otra manera
AGENTES GENERALES: Vicente FERRER et C^o,
BARCELONA.

Formula:
Menthol: 0.002
Eucaliptol: 0.0005
Acuacar-Cósmico: 0.0005

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confe-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**
HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

PASTILLAS ALEMANAS

Las enfermedades de las vías respiratorias, tales como la Bronquitis,

la Tos más rebeldes, el Asma, etc. ya no existen tomando **Pastillas Alemanas**. Sus efectos son sorprendentes y se notan al momento, no haciéndose esperar nunca la curación. En los casos crónicos y en todos aquellos que hayan usado otro preparado sin éxito, encontrarán en las **Pastillas Alemanas**, su curación rápida, segura y eficaz.

D

ósito central: DR. G. FERRERAS
Vilanova, 1, BARCELONA

CAJA 1,50 PESETAS

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID